

R

# BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



ARISTO-TÉLLEZ


—Y me ha galanteado ¡asómbtrate! hasta tu marido.

—No me extraña, porque *flirtea* hasta con mi cocinera...


Ayuntamiento de Madrid

Dib. ARISTO TÉLLEZ.—Madrid.





# LIDA



---

## Crema recons- tituyente

---

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al  
~ rostro su tersura y lozanía ~

---

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

---



# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## CUPÓN

correspondiente al número 112  
de

## BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo  
trabajo que se nos remita para  
el Concurso permanente de  
chistes o como colaboración  
espontánea.

11. — La solución ante el  
Juzgado.

A obedece a D  
B obedece a D  
C obedece a D  
E obedece a D  
F obedece a D

Para las condiciones  
de este Concurso, véa-  
se nuestro número 110

12. — Enciclopedia.

SEPAMOS QUÉ  
ES LA UVA SECA

13. — Asteroide.

A MININA

14. — ¡A lo que venimos  
a parar!

100  
BELLA CIUDAD ITALIANA



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— ¿Pero no decías, Arturito, que por mí eras capaz de  
hacer frente a la muerte?

— Sí; pero, ¡caramba!, el perrito no está muerto.

El número del billete de la lotería correspondiente  
al Concurso de noviembre, no se publica por no  
hallarse las series a la venta.

15. — La solución anda entre cochinos.

ASPA

PUEBLO MUY SALADO

16. — Arma antigua.

— Ya sé que tu suegra no cuarta prima-dos.

— Eso no impide que yo la prima-cuatro.

— Pero, por si se enfurece, no estaria de más que te protegieses con una  
tercia-prima.

— Tengo un buen todo para darla un disgusto.

17. — Abadejo.

PRODUCTO RESINOSO

ESPADAS

18. — No lo soy por falta de  
vocación.

Preguntan a un pollo si le gus-  
tan varias muchachas, y con-  
testa así:

Lolita, sí.

Pepita, también.

Conchita, muchísimo.

Maruxita, me entusiasma.

Consuelito, me tiene loco.

Paquita..., ¡de ninguna manera!

## Cupón núm. 3

que deberá acompañar a  
toda solución que se nos  
remita con destino a  
nuestro CONCURSO DE  
PASATIEMPOS del mes  
de enero.



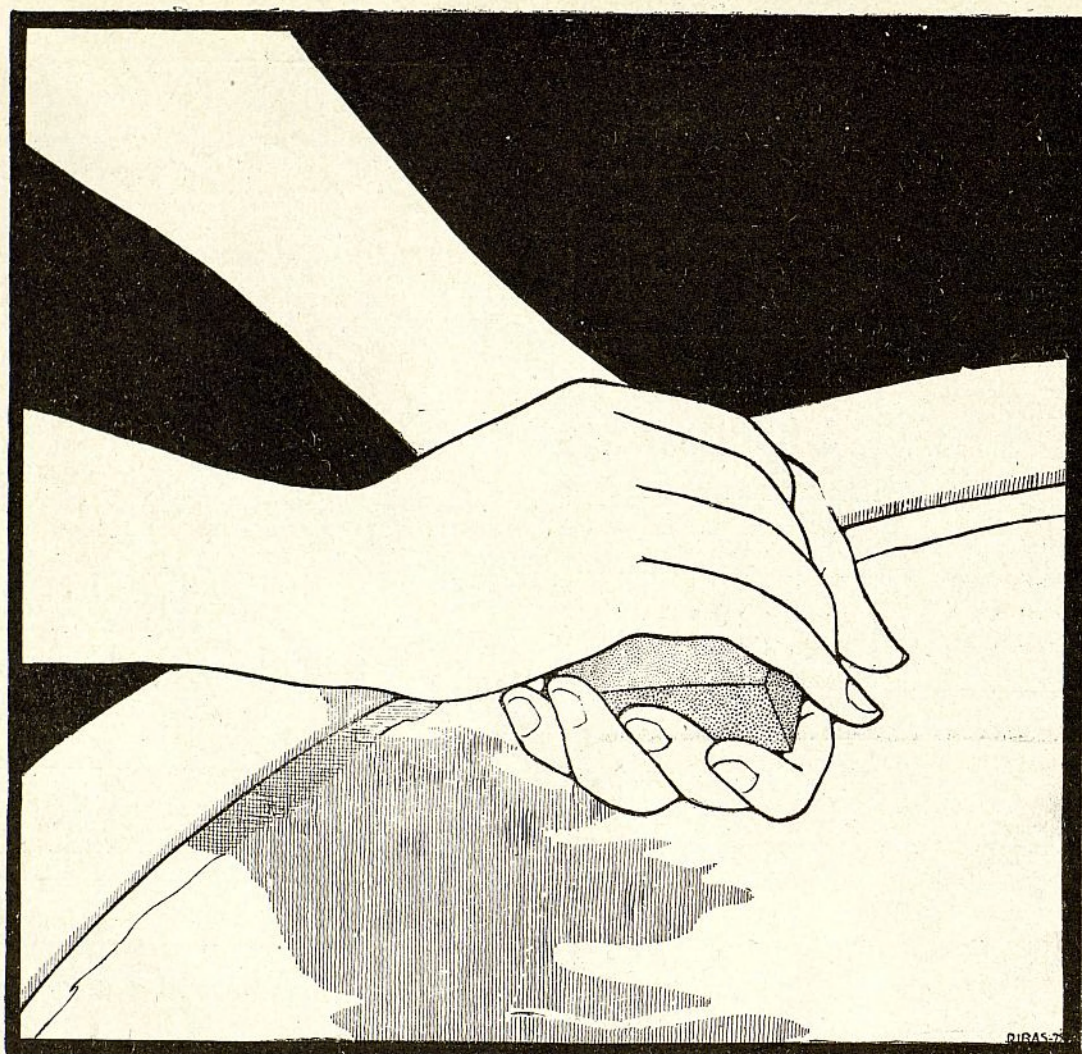
Dib. MINMAGAR. — Madrid.

— Ayer fuimos al Real.

— ¿Sí?... ¿Y qué visteis?

— Unos vestidos muy bonitos.





# EL JABÓN HENO DE PRAVIA

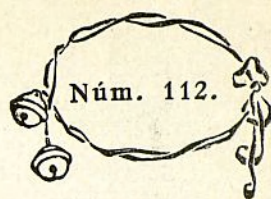
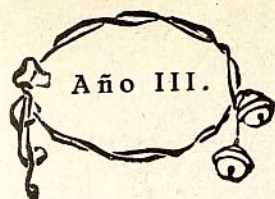
es el jabón que pone las  
manos blancas y suaves.

PASTILLA 1.50

En todas las Perfumerías, Droguerías y Farmacias de España.

P E R F U M E R I A G A L - M A D R I D





## EL INFIERNO



ON Simón se había escapado del Cielo hastiado de la melosidad de sus habitantes y de la monotonía de la existencia en él. Al saltar la tapia, se había dirigido hacia un ruido de guitarras y cante flamenco. Cansado de beatitud, el cuerpo le pedía juerga, y el cante le atraía como un imán.

Siguió su camino, hasta ver un edificio de dudoso aspecto. En la puerta, una mujer ojerosa y de belleza otoñal se recostaba contra la esquina, mirando sonriente al recién llegado. Cuando don Simón llegó junto a ella, oyó que le decía: «Anda, negro, vente al Infierno», y penetró en la casa seguida del paseante. Tras del ancho portalón había una puerta roja, y encim este letrero: «Al Infierno. Vinos y cervezas.»

La mujer se internó allí, y don Simón también; pero al pasar por la puerta, alguien le puso el pie, y el pobre hombre recorrió varios metros tropezando, hasta que vino a dar de bruces en el suelo.

Nuevamente en pie, observó la decoración, que eso era lo que limitaba el espacio. Grandes muros de papel rojo, con una cenefa a lo alto de cabezas de demonios, con los ojos iluminados, algunos tuertos por haberse roto su luz correspondiente. Algunas puertas, simulando bocas abiertas; el todo, muy usado, sucio y pasado de moda.

El centro del salón estaba cubierto por mesas, un mostrador a un extremo y un escenario en el otro. Aquello era como un *music-hall*.

Un individuo malencarado se acercó a don Simón y le indicó que le siguiera. El carácter bondadoso e indiferente de éste no puso ninguna objeción, y siguió al desconocido.

Unos pasillos, en los que se amontonaban trastos viejos, fueron recorridos.

También atravesaron una sala, donde yacían, olvidadas

y cubiertas de telas de araña, unas enormes calderas, en cuyo costado se veían inscritas estas dos iniciales: «P. B.»

Llegaron, por fin, a un gran salón: en él se alzaba un trono colorado y cursi, y sentado en él, un hombrecillo de aspecto avinagrado, ya de edad, y que en nada recordaba aquel hermoso chulito que atendía por Luzbel en su juventud.

No más avanzar don Simón hacia él, el anciano se levantó y lanzó un estentóreo taca; después preguntó:

— ¿Sabes quién soy?

El visitante no se había asustado por el grito; pero sí observaba muy divertido los manejos del viejo diablo. A su pregunta contestó:

— No sé.

— ¡Pues soy Satán!... ¡Burrr! — afirmó terriblemente el diablo.

— ¡Ah! — contestó don Simón —. Le conocía de oídas.

— ¿No se asusta usted? — insistió.

— Si es preciso, me asustaré — respondió humildemente el visitante.

— Es costumbre — afirmó secamente el diablo.

Acto seguido apretó una pera de goma que asomaba por el brazo del trono, y una chispa surgió del suelo junto a don Simón.

Por la rapidez de la llama, y por estar aquél distraído, no se dió cuenta de ello.

El demonio arrugó otra perilla, y volvió a surgir la llama junto a los pies de don Simón.

— ¡Ay, perdón! — dijo éste —. He debido de pisar una cerilla.

— No es cerilla; son fuegos de Moloch — dijo furioso el demonio.

Aplastó una tercera perilla; pero esta vez no fué llama lo que salió, sino un insignificante chisporroteo.

— ¡Pestes, se ha mojado! — juró Satán.

Don Simón observaba cada vez más interesado al pintoresco viejo.

— Yo soy el genio del mal, el ser perverso por excelencia, el que acecha la ocasión de producir dolor.

— ¿Entonces, es usted enteramente feliz, ya que consigue cuanto desea?

— Calla; yo soy el eterno condenado: la felicidad me está prohibida; a mí me fallan todos mis propósitos.

— Pero los que caen en sus dominios, sufren siempre.

— Sufren poco, no lo que yo quisiera. Así es, que rabiamos rey y súbditos.

El anciano se levantó de su asiento presa de gran excitación, y, amenazando a todos, vociferó:

— ¡Que se lo lleven, que se lo lleven, que se lo lleven!...

Don Simón volvió a ser conducido por los pasillos oscuros. Al pasar por la primer revuelta, surgió el demonio dando un grito.

— ¡Ah!



Dib. SILENO. — Madrid.



Don Simón se asustó un poco. En la próxima esquina volvió a aparecer el diablo dando otro grito; pero don Simón ya no se asustó. Durante el resto del viaje, Satanás fué apareciendo numerosas veces: unas del suelo; otras de detrás de una esquina; otras del techo; gritaba, con objeto de asustar a don Simón; pero éste, ya acostumbrado, apenas se descubría saludando.

Don Simón se encontró de nuevo en el *music-hall* de la entrada, se sentó junto a una mesa, y quiso sacar el reloj; pero su gesto fué inútil, y sacó la mano, como el pescador engañado el anzuelo limpio.

Le habían robado el reloj.

Quizás el guía, o Satán, o la mujer de la puerta; en modo alguno en el Cielo.

— ¿Qué va a ser? — le preguntó el mozo.

Pidió varias cosas de su preferencia; todas se habían concluido. Por fin, le trajeron una gaseosa.

El público había ido llenando la sala: un público heterogéneo y que sólo coincidía en el aspecto malhumorado de todos.

Salió la primera artista, mal vestida, de belleza muy discutible y voz ramplona. Cantó el *Gitanillo*, y una rechifla general la despidió.

La segunda cupletista cantó también, y tan mal, el *Gitanillo*, y la rechifla aumentó.

La tercera señora que salió a escena vociferó a su vez el *Gitanillo*, y el escándalo aumentó en sumo grado, toda

vez que algunos aplaudían, quedando de esta manera todos descontentos.

Las riñas sucedíanse con frecuencia, al tiempo que en el escenario seguían saliendo artistas que cantaban el *Gitanillo*.

— ¡Esto no puede ser! — gritaban algunos —. Llevamos ocho años con idéntico repertorio. ¡Es demasiado sufrir!

Pero con la constancia de la gota de agua, seguían apareciendo artistas en la escena que cantaban el *Gitanillo*.

Los camareros comenzaron a pasar la cuenta, una factura inconcebiblemente exagerada.

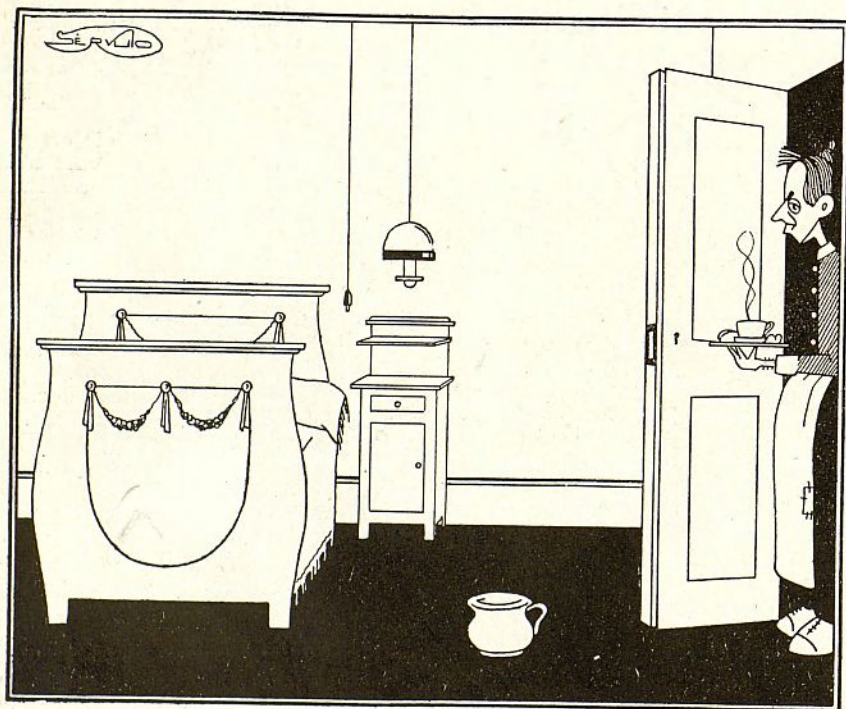
Don Simón, cuando le llegó su turno, buscó el dinero para pagarle; mas no le halló: también había desaparecido. El mozo insistía con la cuenta, y lanzaba impertinencias y miradas terribles al pobre señor.

Todos los concurrentes se encontraban en el mismo caso. Ante ellos, un mozo, con la factura, que les seguía por todas partes.

«Pague... Pague... Pague...», se oía decir de continuo; pero el público, por más que buscaba en sus bolsillos, sólo extraía ese algodondillo gris que nace en su fondo. Los mozos se irritaban, cuenta en mano, y los parroquianos les rogaban una espera imposible.

En el escenario se seguía cantando el *Gitanillo*, y el bombero de servicio, junto a su aparato lanzallamas, lloraba de ira.

El camarero de don Simón le anunció a su oído.



Dib. SÉRVULO. — Albacete.

LA CRIADA. — Don Pedro, ¿da usted su permiso?...

— Concedo una espera, con una condición.

— ¿Cuál?

— Que le diga usted a la *estrella* que está cantando esto, que su amigo se ha fugado con la telonera.

— ¿Qué interés puede usted tener en ello? — decía don Simón.

Un grupo les rodeaba, tomando parte en la charla.

— Sí, sí, sí... Dígaselo, dígaselo — decían todos —. Dígame que rompió sus cartas delante de todos.

— Pero ¿es posible? — preguntaba el pobre hombre.

— No; no es verdad: es para que se peleen. Dígaselo, dígaselo.

— Aquí está la cuenta — conminó severo el mozo.

— Bueno, bueno, lo diré — anunció don Simón —. Y se dirigió hacia la puerta del escenario.

— ¿La señorita X? — preguntó a una mujer que pasaba con unas tenacillas.

— Es mi hija — contestó desabridamente la mujer.

— Quisiera hablarla.

— No sé si querrá ella. Aquel cuarto es.

Don Simón llamó a la puerta del cuarto indicado.

— ¿La señorita X?

Una mujer que había abierto afirmó:

— Es mi hija.

— Creo que me ha dicho lo mismo aquella señora — dijo el visitante, señalando a la de las tenacillas.

— Y tiene razón — aseguró una voz en el interior del cuarto —. Aquí, en el Infierno, las artistas tenemos dos madres.

— Perdón; yo venía a decirles...

Le interrumpieron estrepitosamente. — No me interesa lo que pueda usted contarme; así es que, márchese.

Don Simón se quedó perplejo ante tamaña recepción. El era hombre corto, ni bueno ni malo, algo tontillo: un hombre que se hubiera pasado toda una tarde jugando al billar. Así es que, anodado, se retiró del escenario.

Por su expresión, los que le esperaban comprendieron su fracaso, y se apartaron de él con desprecio.

— No es de los nuestros — se oía decir.

Y, en efecto, don Simón, incapaz de inventar un chisme, ni de cooperar en él, estaba descentrado en aquella sociedad, que vivía de eso.

Su perfecta indiferencia y una sordera pertinaz le inmunizaban contra el *Gitanillo*; así es que no sufría.

El demonio le mandó llamar un día.

— ¿Qué tal encuentras esto? — le preguntó.

— Muy bien; con mucho carácter de época — contestó amable don Simón.

— Ni una palabra más. Cumplir mis órdenes — dijo Satán a sus secuaces.

Y don Simón fué expulsado del Infierno.

EDGAR NEVILLE



# UN AUTOR DE BUEN GENIO Y UN CÓMICO CHISTOSO

Sr. D. Francisco de Estepa.

Distinguido señor: Acabo de leer la anécdota que, con el título de *Un autor de genio y un cómico forzado*, firma usted en este semanario.

La anécdota es conocidísima, pues se repite hace casi cuarenta años en los saloncillos, cafés y reuniones literarias; pero hasta hoy no había aparecido en letras de molde.

Y como ya, con tal motivo, van a comentarla en toda España, creo oportuno añadir al chistoso cuento algunas pequeñas rectificaciones.

Cierto es que durante los ensayos de mi drama *Vasco Núñez de Balboa* los cómicos, enterados de que yo era un teniente de navío con fama de gimnasta, tuvieron curiosidad de medir el alcance de mis fuerzas, y me invitaron a pulsar con ellos; pero cuando tocó la vez a Ricardo Valero, fué tan poca, tan insignificante su resistencia, que mereció las burlas de todos los presentes.

Pues bien: pasado un lustro del estreno, supe con asombro que aquel actor propagaba lo que en esencia expone usted en su festivo artículo.

Mas, por entonces, encontré a Valero y le interpele:

— ¿Cómo es que, teniendo usted menos pulso que una dama, afirma que me venció?

— ¡Ah!...

— ¿Y cómo afirma que le obligué a comprar un colete nuevo, cuando, por el contrario, le pedí que buscara uno muy viejo y deslucido, propio del papel de veterano que usted representaba?

— ¡Ah, don Pedro! — contestó turbándose —. Si hubiera dicho esas cosas como pasaron, ¿dónde estaría el chiste? ¡Y qué éxito ha tenido!...

— Enorme; ya lo sé.

— Pero si a usted le molesta...

— De ningún modo — díjeme riendo —. ¿Qué me importa que crean es usted uno de los muchos centenares de miles de hombres que, seguramente, me vencerían el pulso?

Conste, pues, que fué una linda invención de Valero toda la anécdota, y, respecto a mi ferocidad con los cómicos, hubo de inventarla también para que resaltara el chiste.

Sin embargo, confieso que en una ocasión funcioné de *energúmeno*, pero no contra los actores, y que acaso de aquí surgiera mi fama de irascible.

Sébase, pues, por vez primera, que cuando se ensayaba el drama me dijo el empresario, Sr. Roca, que ya no podía resistirse a las influencias, intrigas y manejos de los que querían obligarle a suspender los ensayos, y reclamaba mi

ayuda. Citóme sus nombres, que eran, entre otros, un célebre autor y un artista eminente.

No necesito mencionar lo que hice para conseguir que aquel mismo día quedase completamente aniquilada la conjuración.

Y ahora ruego al amenísimo articulista que con tanta gracia ha desarrollado la leyenda forjada por Valero, crea firmemente que de muchacho era yo algo quijote, pero muy cortés; incapaz de

arrebatos injustos, y menos, capaz de hacer líteres entre bastidores; que al cómico de marras, tan simpático como farfante, le llevé el pulso con sólo dos dedos, *ni uno más* (de ello fué testigo la insigne actriz Elisa Mendoza Tenorio, que aun vive, gracias a Dios); y, por último, que agradezco a usted, Sr. Estepa, me haya recordado en la vejez una página gratísima de mi lejana juventud.

PEDRO DE NOVO Y COLSON



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Chico, francamente, no comprendo cómo hay hombres que se dejan conducir por una mujer.



# PÍO BAROJA

## Y "EL LABERINTO DE LAS SIRENAS"

*A fines de año ha publicado Pío Baroja, el más interesante de los novelistas españoles, una nueva obra, cuyo título encabeza estas líneas.*

*Autorizados expresamente para producir un trozo de esta novela, que por ser de Baroja hace inútil todo calificativo, y cuyo éxito ha constituido uno de los grandes acontecimientos literarios del año, hemos elegido algunas notas del extenso Prólogo, ya que El laberinto de las sirenas no tiene pasajes humorísticos como los de otras admirables novelas de su autor.*

*El Prólogo describe un viaje a Nápoles, donde el autor encuentra materiales para construir su obra, y está lleno de descripciones maravillosas y de observaciones originalísimas.*

### NUESTROS REPROCHES AL VESUBIO

A la mañana siguiente, al levantarme, me asomé a la ventana. El mar aparecía brumoso bajo el cielo nublado, con esa luz blanquecina y difusa bastante frecuente en el Mediterráneo, y que no es para mi gusto, agradable. La niebla es bonita en el Norte, y el sol hermoso en el Mediodía. Esto parece absurdo, pero así es.

Me vino a buscar Recalde, y salimos. El tiempo seguía gris, brillante, sin llover. El golfo de Nápoles se presentaba con su curva completa, bordeado por el Polísipo, el Castillo del Oro, el Vesubio y el promontorio de Sorrento. En medio de la bahía brotaba la isla azulada de Capri.

Al Vesubio le encontramos Recalde y yo varias faltas: primeramente, no tenía la forma de un cono perfecto, ni acababa en punta, como era su obligación de volcán clásico; luego, no echaba humo de una manera solemne y majestuosa, como habíamos visto siempre en las estampas. En vez de subir en una columna recta y decorativa, se desparrahaba por los lados, a impulsos de las corrientes de aire.

Era un humo vulgar, un humo de chimenea de fábrica o de horno de carbonero.

Otra cosa que nos pareció mal fue que el volcán no se hallara perfectamente aislado, como nosotros creíamos que debía estarlo. Cerca, se destacaba otro pico, la punta del Nasone, del monte Somma, completamente impertinente, innecesaria e inoportuna.

Fuimos Recalde y yo muy severos con el Vesubio, y despreciativos y desdenosos con la punta del Nasone.

### ANTROPOLOGÍA DE AFICIONADOS

Fuimos por la ribera del Chiaja a la calle de Toledo, y vagabundeamos hasta salir cerca de la estación central.

Como la comida del hotel era muy cara para nosotros, decidimos ir a almorzar a un restaurante cualquiera. A Recalde se le ocurrió entrar en la fonda de la estación, cosa que a mí al principio me pareció casi bien; pero luego, pensando que una fonda ferroviaria es un lugar un poco triste que recuerda baúles, despedidas, mozos de cuerda, lágrimas y cosas desagradables, buscamos por los alrededores y encontramos un pequeño restaurante titulado «La trattoria de la Fortuna».

Nos instalamos en una mesa y estudiamos el *menu*. Enfrente de nosotros había un hombre alto, de cabeza cuadrada y ojos claros, que bebía vino abundantemente.

— Este es un extranjero — me dijo Recalde —; no hay más que verlo. Ese tipo, esa manera de beber vino, esa braquicefalia, no son de un mediterráneo.

Le oímos hablar al braquicéfalo no mediterráneo y buen bebedor, y a mí me pareció que se expresaba con el mismo acento que los demás.

Cuando el hombre se levantó y salió de la fonda, preguntamos al mozo, señalando al braquicéfalo:

— ¿Es un napolitano?

El mozo no comprendió bien lo que le queríamos decir.

— ¿Si ese señor que acaba de salir es un napolitano? — le repetí yo en francés.

— Sí — contestó el mozo sonriendo, y debió pensar: — ¡Qué torpes son estos extranjeros, que no comprenden que los de Nápoles son napolitanos!

— Será hijo de algún italiano del Norte — añadió Recalde para legitimar su error.

Poco después entró una muchacha rubia, con los ojos claros, la tez sonrosada, hablando exageradamente y gesticulando a estilo napolitano.

— No le preguntaremos al mozo si es de aquí, porque se va a reír de nosotros — le dije al antropólogo.

— Sí; esto es el caos étnico — repuso Recalde; y como si tal idea le molestara en lo más hondo y la considerara una ofensa hecha a la buena clasificación etnográfica, aseguró que una mezcla así no podía conducir a nada bueno.

Indudablemente, desde un punto de vista antropológico, debía ser aquello un abuso, una transgresión inmoral del orden científico.

Salimos de la fonda, y tomamos por la calle de los Tribunales, llena de gente.

— Es muy curioso — me dijo Recalde —; aquí no hay cabezas verdaderamente mediterráneas, sino cabezas de portugués o de gallego, anchas y cortas. Esto es ridículo.

— Yo encuentro también mucho tipo germánico.

— Sí; resultado de las invasiones góticas...; quizás la influencia más moderna de los normandos.

### RECALDE SE INCOMODA

El no ver cabezas interesantes de dolicocefalos puros; el tropezar con la gente, que bullía como en un hormiguero en la estrecha calle; la suciedad, el desorden consentido y admitido iban irritando a Recalde profundamente.

Recordaba, para compararlo con Nápoles, a Jena, la ciudad alemana en donde había vivido algún tiempo de estudiante, y encontraba el desorden napolitano una cosa ofensiva.

— Estos pueblos, en donde hay muchos mendigos, muchos jorobados y muchas mujeres gordas, me dan vergüenza, como si yo tuviera alguna culpa en ello — me dijo Recalde con voz siniestra.

Al despedirse de mí para ir a su cuarto, Recalde dijo:

— Mañana, me voy.

— ¡Pero, hombre! ¿Por qué te vas tan pronto? Espera.

— ¿Para qué?

— Mañana, probablemente, hará un buen tiempo. Además, nos van a cambiar de cuarto. A mí me van a llevar a una habitación que da a la bahía.

— Yo creo que esto no tiene ningún interés — me dijo él desdenosamente.

Sus pifias antropológicas, y quizás la cantidad de braquicéfalos de Nápoles, le tenían irritado. A medida que él se había ido incomodando, yo estaba más optimista.

Le traté de convencer de que los pueblos de mucho sol, con tiempo oscuro y gris, suelen aparecer feos, desastrosos, harapientos y sin ninguna de sus bellezas. Estuve casi por defender la tesis de que con los tiempos lluviosos y grises había en las calles más braquicéfalos, como hay en los bosques más hongos.

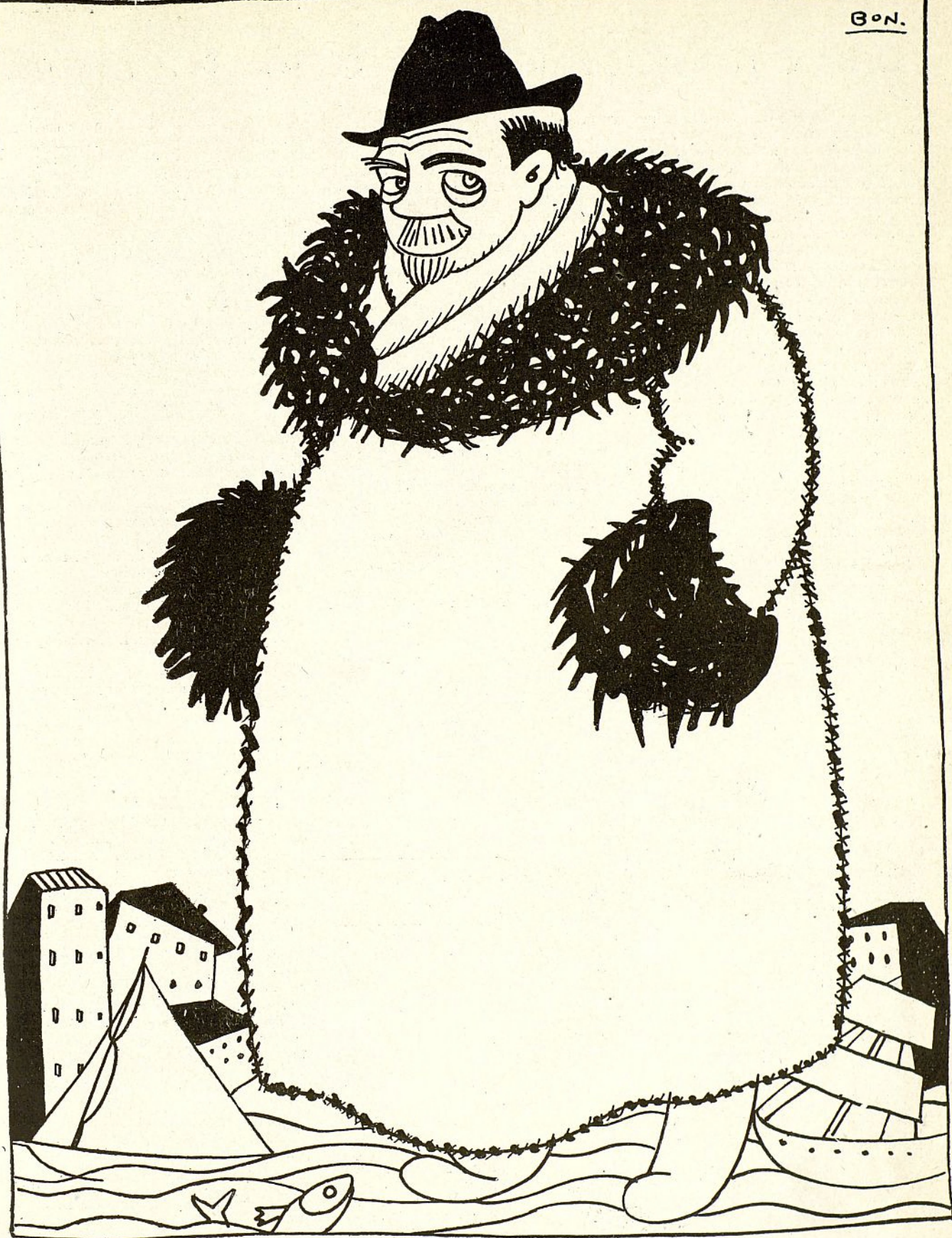
— Debes quedarte otro día — concluí diciendo.

— Bueno, me quedará otro día.

Pío BAROJA



BON.



Pío Baroja, por BON  
Ayuntamiento de Madrid







# LAS COSAS DE LOS TEATROS

## UNA TRAGEDIA

Hace pocas noches entramos en un teatro de esta corte con el exclusivo objeto de pasar un buen rato en conversación con las bellas damitas que integran la compañía.

¡Pero, sí, sí! ¡Buen rato nos dé Dios!

Aquel escenario, que fué siempre modelo de alegría, residencia del excelente humor, hervidero de risas, se había convertido en un lugar hosco, frío, inhóspito, agobiante.

En un camarín vimos caras largas; en otro, a una señorita que lloraba con amargura. Más allá, otra, nerviosa, que pateaba con furia una carta y un sobre.

Preguntamos a un portero.

— ¿Usted sabe lo que ocurre?

Encogióse de hombros el subalterno, llevándose el índice a los labios, y fué.

Insistimos en nuestra pregunta a un actor amigo.

— ¿Qué pasa?

El actor murmuró:

— ¡Los cuartos!

Hablamos a un comparsa que salía de escena.

— ¿Usted sabe qué es lo que ha ocurrido aquí?

El comparsa deslizó en mi oído:

— Los cuartos, señor.

— ¿Es que no hay cuartos?

— Es que se los disputan las muchachas. ¡Hay pocos!

Quedamos convencidos de que en el teatro escaseaba el dinero, caso que nos pareció muy extraño, porque la obra en cartel produce grandes entradas; y nos creímos obligados a prestar alguna ayuda moral, algo de consuelo, a los más entristecidos.

— De modo, señorita, que el numerario aquí, es una entelequia, ¿eh?

— Camelos, no, señor mío.

— ¡Es que me han dicho...!

— ¡A usted no le han dicho nada!

Fuimos en busca de otra damita.

— ¿Qué tienes, que tanto lloras?

— No me vengas con *fandanguillos*.

Y dió un portazo, dejándome con un palmo de narices.

Condolido, me decidí a buscar al primer actor de la compañía.

— ¡Ya me he enterado de eso del dinero! ¡Abajo hay un verdadero drama!

— ¿Qué dinero?

— El que quieren repartirse las chicas.

— No entiendo lo que usted me dice.

— Pero ¿aquí no escasean los cuartos?

— Ya lo creo que escasean.

— Pues a eso me refiero yo.

— Usted está equivocado, amigo mío: aquí lo que falta no es dinero.

— ¿No?

— ¡No!

— Entonces, ¿qué falta?... Entonces, ¿por qué lloran las muchachas?

— Por los cuartos.

— El que no entiendo soy yo.

— Que quedó vacante un cuarto, un *camerino*, y ha habido la batalla del Marne; que se han cruzado cartas violentas, frases malsonantes y otras cosas que no son para publicadas. Y que el final ha sido un coro de llantos, que habrá usted podido percibir...

— ¡Anda, la diosa Talía! ¡Y yo, que creí que era un problema económico!

— Pues se trataba sólo del problema de la vivienda...

Todo ello rigurosamente exacto, caro lector. Por un cuarto de un teatro hubo poco menos que cañonazos.

## ACLARACIÓN

En el número anterior nos ocupábamos de las supuestas rivalidades que parecían advertirse entre los cómicos extranjeros y los actores indígenas, y

metíamos nuestra baza, como vulgarmente se dice, para defender a los extraños. Hoy, perfectamente enterados, hemos de aclarar nuestros conceptos.

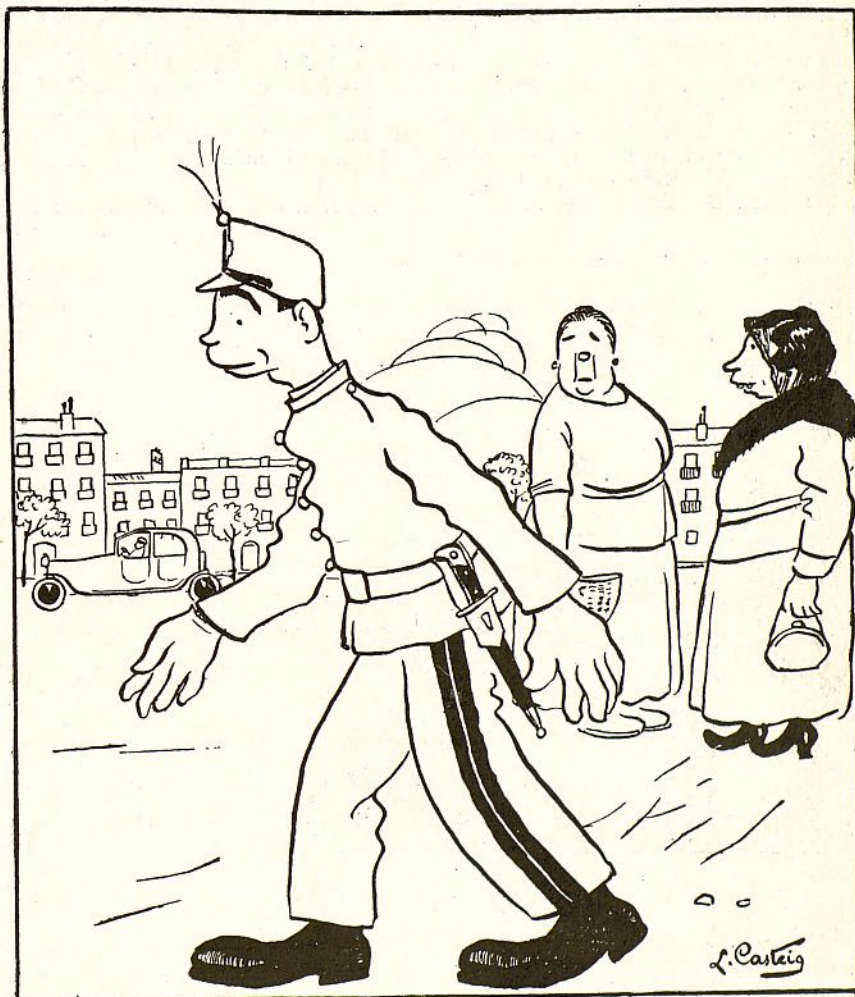
No es que a los artistas españoles les moleste la presencia en los escenarios madrileños de ningún farandulero de allende las fronteras; lo que les irrita es que varios periódicos hayan alabado la disciplina de dichos cómicos extranjanos, y digan que entre ellos hay figuras de las que se debe aprender naturalidad y buen gusto.

Quede todo bien especificado, con objeto de evitar, para otra vez, errores de interpretación en materia tan delicada como es el amor propio.

La *chipén* — que diría alguno de los más doloridos — es que los actores españoles no tienen que aprender nada de nadie. Es decir: que lo saben todo.

Por lo que les felicitamos con la mayor efusión y la más rendida de las admiraciones.

JOSÉ L. MAYRAL



## LAS CRITICONAS

Dib. CASTEIG. — Alicante.

— Mire usted a ése. No hace tres meses que se le ha muerto su madre, y ya va de colorao...



# "BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

LVI

Hace lo menos mes y medio que estoy enfadadísimo con los parisienses (¡con todos ellos, sin exceptuar uno!), hasta el extremo de que no les saludo ni me hablo con ellos... Hay que convenir en que, aunque me hablase, sería lo mismo, porque ni ellos me entienden a mí, ni yo les entiendo tampoco, debido principalmente a que yo me expreso en francés de un modo criminoso, y a que los franceses también hablan el francés bastante mal, dicho sea sin ánimo de calumniarles. El resultado es que yo no me hablo con los parisienses, porque me han ofendido; y si me hablo con las parisienses, es por no aburrirme demasiado, porque manos y pantorrillas blancas no ofenden, o, por lo menos, no me ofenden a mí.

Y ustedes dirán (¡me lo estoy figurando!): ¿Qué le han hecho a ese tío en París para que él, que es bonachón de suyo y más sufrido que un traje de pana, esté tan molesto y tan indignado

con los habitantes de la culta y heroica villa? ¿Qué clase de menosprecio será el que le hayan infligido?

¡Ah, señores! ¡Si se tratase de menosprecio, no estaría yo echando lumbre, como estoy! ¡Hacerme a mí menosprecio sería, no ofenderme, sino honrarme, favorecerme y dispensarme un favor! ¡Pero ni en el hotel, donde me cobran cuarenta francos diarios; ni en el café, donde pago un franco (y leal) por un descolorido brebaje; ni en el teatro, donde me cuesta un riñón sentarme en una butaca, me hacen a mí, ni le hacen a Cristo padre, nada que huela a *menos precio!* ¡Muy al contrario: si pueden sacarme más de lo convenido, me lo extraen con más furia y alevosía que si me tirasen de una muela enferma!

La ofensa que a mí se me ha hecho en París es de otra clase, casi estoy por llamarla de clase extra, porque es una ofensa de lo más grande que se fabrica en el mundo.

Figúrense ustedes que una señora,

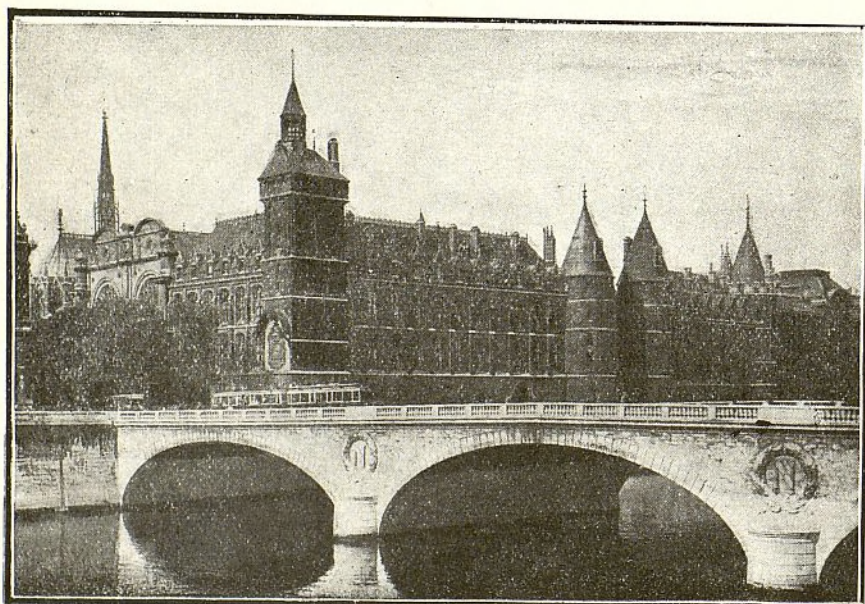
española como yo, se introdujo un día en los grandes almacenes del Louvre con el fin de solazarse contemplando las últimas novedades de la estación (hasta ahora vamos bien); recorrió el piso bajo, admirando ciertas *étouffes* de gusto peregrino; subió al principal, aspirando con deleite las emanaciones paradisíacas de la sección de perfumería (seguimos bien, gracias a Dios); pasó del principal al segundo, y empezó a marearse al ver unas pieles que estaban al alcance de la mano y como diciendo: *Compradme...; y si no podéis comprarme, sustraedme de la tiranía de mis dueños* (empezamos a ir mal); y la buena señora, sin pasar a otro piso, se puso a calcular el valor de las pieles y el valor que haría falta para alargar la mano y verificar una incautación rápida e inalienable (seguimos de mal en peor).

Total: que bien fuese que la señora fuera cleptómana, bien que porque hacía mucho frío no le bastase con su propia piel y necesitara las ajenas, el caso es que alargó la mano inadvertidamente y cargó con un topo, dos martas, tres zorras y hasta creo que un tigre de Bengala, con todo lo cual desapareció de los *magasins*, por cierto sudando la gota gorda. Poco después, uno de los encargados de la sección empezó a gritar que le habían despellejado cruelmente; se conmovió el bazar entero, se avisó a los guardias, se denunció el golpe, y la atrevida señora dió con sus huesos, con su carne y con sus pieles (porque ya eran suyas) en la Prefectura.

Y ahora viene lo gordo: al día siguiente, *Le Matin*, *Le Figaro*, *Le Petit Journal*, *L'Homme Libre*, *L'Intransigeant*, *L'Echo de Paris*, y hasta *Paris Sport* (diario deportista, futbolista y pugilista) publicaron el nombre de la señora, su biografía completa, el nombre de sus padres, de sus hijos, de sus nietos, de su esposo, de sus hermanos carnales y políticos, la descripción del pueblo donde nació, un retrato del hotel donde se hospedaba y no pagaba, y hasta la lista de las enfermedades que había padecido y de los médicos que habían contribuido a agravárselas.

Y en esto consiste la ofensa que a mí se me ha hecho.

Yo, desde luego, soy galante con el bello sexo. Yo no tengo inconveniente en ponerme a los pies de esa señora, aunque no a las manos, por si le gusto y me agarra para llevarme a su casa... Pero eso de que hablen de ella todos los periódicos habiendo hecho lo que ha hecho, y que no hablen de mí ni una



LA CONSERJERIA

Maravilloso y puntiagudo edificio, que está mucho mejor en fotografía que al natural, pues de esta última forma presenta un aspecto tal de vejez y deterioro, que estoy asombrado de que no se lo hayan ya vendido a un trapero. Pienso, no obstante, que es fácil que hayan intentado hacer el negocio, y que el trapero haya dicho que lo compre Rita.

El puente que ven ustedes delante es el puente del Cambio, y el río que hay debajo, les advierto seriamente que es el Sena (mucho antes de crecer, o un poco después de bajar, no lo recuerdo con exactitud; pero, de todos modos, da lo mismo).



palabra, no habiendo hecho yo nada malo, no estoy dispuesto a tolerarlo, y haré mi reclamación en serio.

Y juro que voy a armar una de *pópolo bárbaro* si mañana mismo no publican *Le Matin*, *Le Figaro*, *Le Petit Journal*, *L'Homme Libre*, *L'Intransigeant*, *L'Echo de Paris* y *Paris Sport* una noticia, con mi biografía y detalles personales, diciendo que yo soy un español honradísimo que no ha cogido nada de ningún almacén, ni ha asaltado una joyería, ni ha distraído ni siquiera una indecente cucharilla con las iniciales de un restaurante.

Si no se dice esto y se añade que Millerand y Poincaré están contentísimos de tenerme cerca y admirados de mi bondad, después de armar el escándalo consiguiente, tomaré el tren y me volveré a Madrid.

Con lo cual presumo (jaunque no me gusta presumir!) que les daré a ustedes una gran alegría.

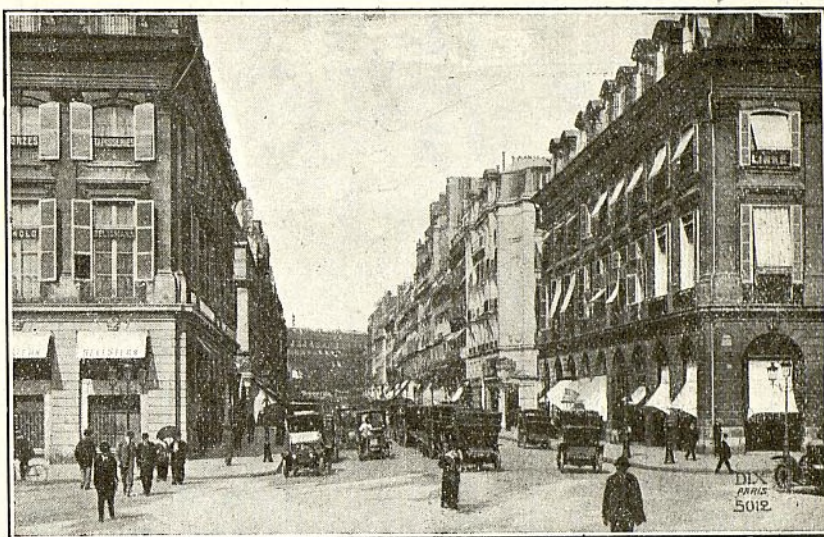
LVII

Les supongo a ustedes enterados de la considerable crecida que ha tenido el Sena hace unos días.

¡No vayan ustedes a creer, por lo que han dicho los periódicos de Madrid, que aquí ha habido catástrofes, ni fieros males, ni siquiera media docena de despreciables reumas, con motivo de la superabundancia hidráulica del río en cuestión!... ¡Aquí, eso de las crecidas del Sena se estima como una cosa corriente, tan corriente como el agua del río; y lo de que el Sena se salga de madre, lo más que suele producir es envidia a unas cuantas socias (muchas) de conducta deplorable que viven en esta metrópoli, la cuales rabian pensando que el río tiene madre, y ellas no! Pero, fuera de esta pequeña contrariedad, lo único que consigue el Sena desbordándose un poquito es que le gasten unas cuantas bromas y que las modistillas le escupan con desprecio desde las barandillas de los puentes. También suelen alarmarse un poco los borrachos de profesión y los borrachos de nacimiento (que en París dan una proporción de noventa y ocho por cada cien habitantes), y cuyos honorables sujetos ven con explicable espanto la colección de agua que se les viene encima, y la amenaza de que se meta en las tabernas, aumentando así la cantidad de la que espontáneamente meten los taberneros.

También suelen aprovecharse las crecidas del río para proporcionar un espectáculo nuevo a los turistas extranjeros. Los *cicerones* encuentran gran placer en coger a un inglés o a un sueco por su cuenta y mostrarle el Sena, con estas o parecidas palabras:

— ¡Aquí le presento a usted el río Sena, el mejor río del mundo, el más bonito, el más simpático y el de agua más dulce!... ¡Fíjese usted en su encantador aspecto y en su gracia juvenil!...



LA « RUE DE LA PAIX »

¿Se fijan ustedes bien en esta calle, corta, pero expresiva? Lo digo para que cuando vayan ustedes a París procuren no pasar por ella con dinero, porque se quedarán ustedes sin él. Saldrán unos señores por las puertas de unas tiendas, les amenazarán a ustedes de muerte, y ustedes, asustados, abonarán tres mil francos por una sortija de quinientos, cien por un frasco de perfumes de veinte, y cincuenta por una pluma de sombrero de Todo a cero sesenta y cinco.

Esto yo no sé si lo he soñado o si es verdad; pero, por si acaso, háganme ustedes caso y no pasen por la calle con dinero; y si pasan, pasen muy de prisa y sin mirar a los escaparates; y si miran y entran a comprar algo, lleven ustedes un revólver amartillado y en la mano. ¡Es un consejo sabio..., más sabio que Ramón y Cajal, no lo duden un momentito!...

¡Y aunque es un río de los más jóvenes que existen, observe usted lo crecido que está!...

Este año la crecida ha cometido una travesura: la de inundar los sótanos del Ministerio de Negocios Extranjeros, con lo cual supongo que habrá convertido en papeles mojados las notas que Francia tiene preparadas para enviárselas a Alemania, una detrás de otra, y de las cuales Alemania hará caso omiso, como de costumbre.

Había temores de que se hubiese ahogado el ministro; pero no ha sido así, por fortuna (reciba nuestra felicitación). Además, los ministros se ahogan también en poca agua, y en España tenemos un ejemplo bien palpable con los últimos acontecimientos, que han hecho que se ahoguen Maura, Cierva, Romanones, Alhucemas, Sánchez Guerra y otros esclarecidos colegas sin que el Manzanares se mueva del escaso sitio que ocupa.

No obstante todo lo dicho, a la hora que escribimos estas líneas, el Sena ha comenzado a bajar.

Y ¡oh inextricables designios de la Fatalidad! comenzar a bajar el Sena y bajar alarmantemente el franco, ha sido cosa de un instante.

¡Y bajar el franco y subir la carne y las patatas, cosa de un tercio de instante!

Y aquí tienen ustedes a un servidor, que está hecho un lío y no puede decirles a ustedes exactamente ni lo que baja

ni lo que sube, aunque me ha proporcionado cierto consuelo el ver un anuncio que dice que va a debutar una gimnasta enana en uno de los circos de aquí.

¡Y, por lo menos, en ese circo tendremos una pequeña baja.

ERNESTO POLO

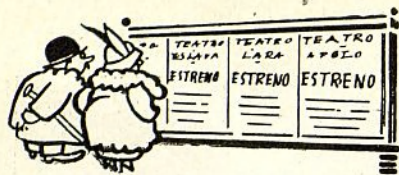
París. — Pavillon d'Armenonville. — Enero.



Dib. AUGUSTO. — Madrid.

EL MARIDO (afablemente). — Oye, *Liberta*, ¿no te gustaría aprender a hacer crochet?...

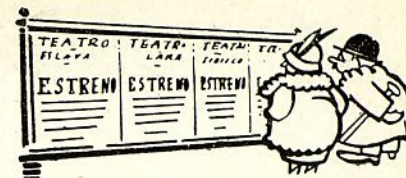




# LOS ÚLTIMOS ESTRENOS

POR ROBEDANO Y LÓPEZ RUBIO

INFANTA ISABEL. — "EL CELOSO EXTREMEÑO", de Serrano Anguita.



ACTO I — Como ya se ha ido mi amigo, puedo descansar un rato...  
¡Mi padre!... ¡Si vuelve ahora. Bueno, a ese tipo lo mato!



ACTO II — Pues, señó, yo de este embrollo no saco más consecuencia que la de que en esta casa no tiene nadie vergüenza.



ACTO III Total, que se arregla todo, y allí no ha pasado nada; pero al amigo le sigue perturbando la cuñada.

## BATERÍA

PRICE. — Sobre el «Gran Guñol».

El Gran Guñol es una cosa muy divertida si se tiene la precaución de no tomarlo en serio.

Muchas veces se advierte que las personas impresionables no deben asistir a esta clase de espectáculos, cuando en realidad estas obras se hacen para las personas impresionables.

Por mí, ya pueden morir personas degolladas, cometerse toda clase de crímenes espantosos, surgir manos ensangrentadas por las paredes, oírse pasos siniestros, gritos de terror, todo lo que, en fin, constituye la esencia del género, sin que me conmueva gran cosa en la butaca ni deje de pensar en el chocolate que nos espera a la salida.

En cambio, hay el señor que sale ya de casa decidido a sufrir de un modo terrible, pero que está dispuesto a que hagan de él lo que quieran; se entrega a la emoción sin reserva ninguna, como se entregaría a la mujer amada.

Y, sin embargo, sufre. Se muerde las uñas, se aprieta contra su compañero de butaca, y deja escapar suspiros hondísimos. Llega un momento, el de la tragedia, en que tiene el corazón como un volquete, y se ha agarrado al brazo de la butaca, con los pelos de punta. Todo es trágico a su alrededor; el espectador no puede resistir más. Por fortuna, sus miradas, buscando una salida, se encuentran con el bombero de servicio, que está tan tranquilo. Esto hace pensar al espectador que si la emoción no puede llegar a herir la sensibilidad del bombero, no es definitiva, y basta esta idea para tranquilizarse.

Hasta que el bombero no se impresiona, el espectador tiene a qué



PRICE. — "LA PUERTA ABRE", de Francheville

I. — Entré el marido y su amante, asesinan a la esposa. Y ella lanza una mirada trágico-punzo-espinosa.

Pero, afortunadamente, muere en buena posición, pues nuestra amiga fallece sentada en una chaise-longue.

II. — La puerta, ¡cielos!, se cierra; la puerta, ¡cielos!, se abre; pero ¡qué razón tenía su excelentísimo padre!

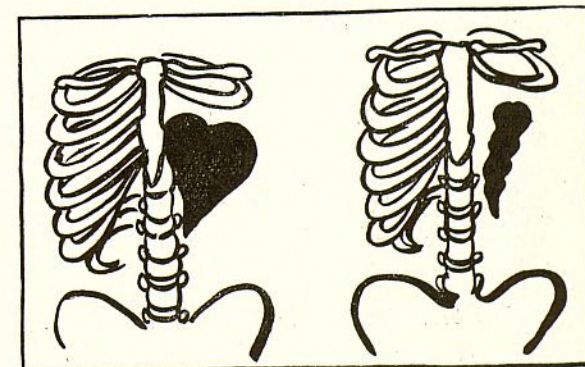
— Ella también se me muere. ¡Oh, qué sino desdichado!... El cuello tiene entreabierto. ¡Es! la aorta, que se ha vengado!

## GRÁFICO COMPARATIVO DEL SEMBLANTE Y EL CORAZÓN DE UN ESPECTADOR AL ENTRAR Y AL SALIR DEL TEATRO

Hemos escogido un caballero sanguíneo, optimista y satisfecho de la existencia, que, como puede verse, ostenta un corazón que da gusto verle.

Observe el amable lector qué terrible cambio han soportado

el rostro y el corazón citado después de que el caballero ha asistido a un drama de "Gran Guñol". Los médicos no han determinado todavía la clase de dolencia que ataca al desdichado espectador que hemos puesto de ejemplo.





# LAS FORMAS DEL AMOR

## EL ESCÉPTICO

**Personajes.** — EVANGELINA SALCEDO: treinta años, muy hermosa, muy inteligente, rica, experimentadísima, elegantísima.

ALFREDO CRUZ: cuarenta años, distinguido escritor.

*Evangelina inicia con Alfredo una conversación peligrosa; esto es, que*

*pretende inclinarse a la unión matrimonial con su personita. Alfredo tiene unas baterías y unas trincheras terribles, y no se rinde fácilmente, porque es un escéptico.*

*La acción, en un saloncito en casa de Evangelina, un día en que hay gran fiesta.*

EVANGELINA (entrando en el saloncito donde Alfredo está solo mirando al techo y silbando una cancioncilla). — ¡Pobre amigo! Le han dejado a usted solo... ¿Se aburría usted?

ALFREDO. — No lo crea. Estaba divertidísimo.

EVANGELINA. — Siempre dice igual. ¿Usted no se ha aburrido nunca?

ALFREDO. — Sí. Muchísimas veces: en cuanto hablo con algún artista. (Una pausa.)

EVANGELINA. — Ahí dentro hay gran baile. ¿Por qué no baila usted?

ALFREDO. — Porque es absurdo bailar sin que un húngaro toque el pandero.

EVANGELINA. — Hoy está usted imposible. Si no para bailar, podía salir fuera a charlar con las señoras.

ALFREDO. — Mi conversación no les interesa. ¿No ve usted que yo no sé nada de modas?

EVANGELINA. — Esa respuesta es muy poco galante.

ALFREDO. — ¿Qué quiere usted? En este momento no se me ha ocurrido otra peor.

EVANGELINA. — ¡Ea, no presuma usted de despreciar a las mujeres! Sé que le gustan mucho.

ALFREDO. — Para un rato, sí.

EVANGELINA. — ¿A cuáles prefiere? ¿A las morenas, o a las rubias?

ALFREDO. — Eso depende de la clase de tinte que usen.

EVANGELINA. — ¡Por Dios, Alfredo! ¿Acaso va usted a negarme que en los ojos de las mujeres hay poesía?

ALFREDO. — La habría, sin duda alguna, si no existiesen los orzuelos.

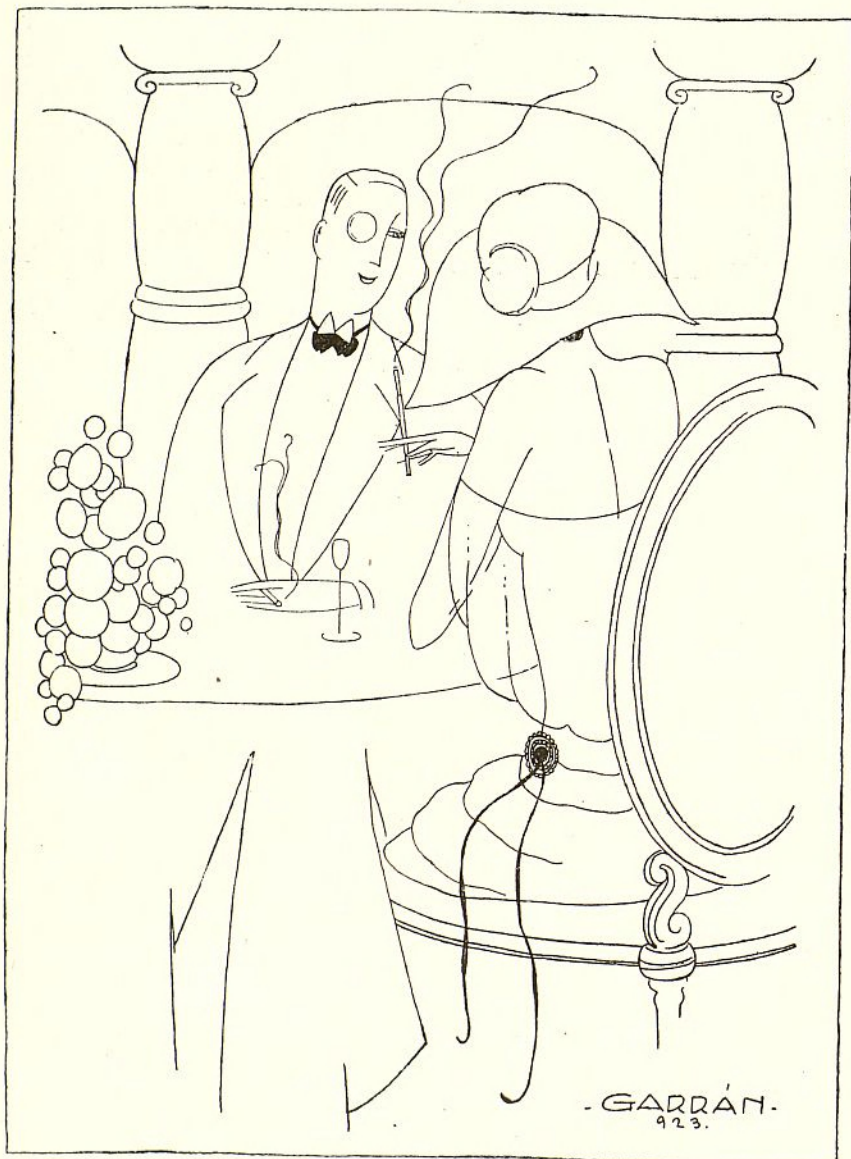
EVANGELINA. — ¡Empieza usted a cansarme!

ALFREDO. — ¿Por qué?

EVANGELINA. — Porque no dice más que tonterías.

ALFREDO. — ¡Cómo! ¿Se cansa usted de oír tonterías? Yo creí que, a fuerza de recibir a sus amistades, ya estaba usted entrenada.

EVANGELINA. — ¿A qué viene el hablar siempre en ese tono? Parece que está usted harto de vivir. ¿Usted no ama la vida?



Dib. GARRÁN. — Madrid.

— No sabía, Margot, que habías sido artista. ¿Cuándo dejaste de trabajar?

— El día que debuté.



ALFREDO. — ¡Ya lo creo! La amo igual que a mi nariz, porque el perderla me ocasionaría varias molestias.

EVANGELINA. — Como broma, puede pasar. Pero no es justo que hable así un escritor tan admirable.

ALFREDO. — ¡Ah! ¿Me encuentra usted admirable?

EVANGELINA. — Sí. Sus libros siempre me hacen llorar.

ALFREDO. — ¿Admirable porque hago llorar? Eso nos llevaría a admirar las cebollas.

EVANGELINA. — No vuelva a decirme esas cosas. ¿Para qué ocultar subbondad?

ALFREDO. — No crea usted en la bondad. En el mundo no hay seres buenos. Sólo hay gente que no ha tenido ocasión de ser mala.

EVANGELINA. — Aunque así sea, hable de otra forma. Me produce mucha pena oírle y verle tan aislado y tan metido en sí mismo.

ALFREDO. — Es que no tengo otro sitio mejor en que meterme.

EVANGELINA (*acercándose insinuantemente*). — ¿Usted no se ha enamorado nunca?

ALFREDO. — Nunca. Siempre he gozado de una salud estupenda.

EVANGELINA. — No ha encontrado una mujer lo bastante inteligente, ¿verdad?

ALFREDO. — ¡Pschl... No sé...; jamás he buscado imposibles...

EVANGELINA (*tomándolo a broma, para no marcharse*). — ¡Es usted delicioso! ¿Y yo? ¿Le parezco bien o mal?

ALFREDO. — Ya le he dicho lo que usted me parece.

EVANGELINA. — ¿Cuándo?

ALFREDO. — Nada más entrar. Si usted me fuese tan insoportable como las cotorras que hay ahí dentro, me habría marchado ya adonde pudiese estar solo.

EVANGELINA. — Muchas gracias. Y yo correspondo a su opinión diciéndole que me parece usted un hombre excepcional. El único hombre con quien yo sería capaz de casarme.

ALFREDO. — Casarse... ¿Pero ocurren todavía esas catástrofes?

EVANGELINA. — Todavía, amigo mío.

ALFREDO. — El Estado español no se preocupa por la felicidad de los ciudadanos.

EVANGELINA (*riendo*). — Así es. (*Una pausa*). Si yo me casara con usted, no le engañaría nunca.

ALFREDO. — Siempre he creído que era usted una mujer extraordinaria.

EVANGELINA. — Estaría pendiente de usted, y sabría callarme a tiempo.

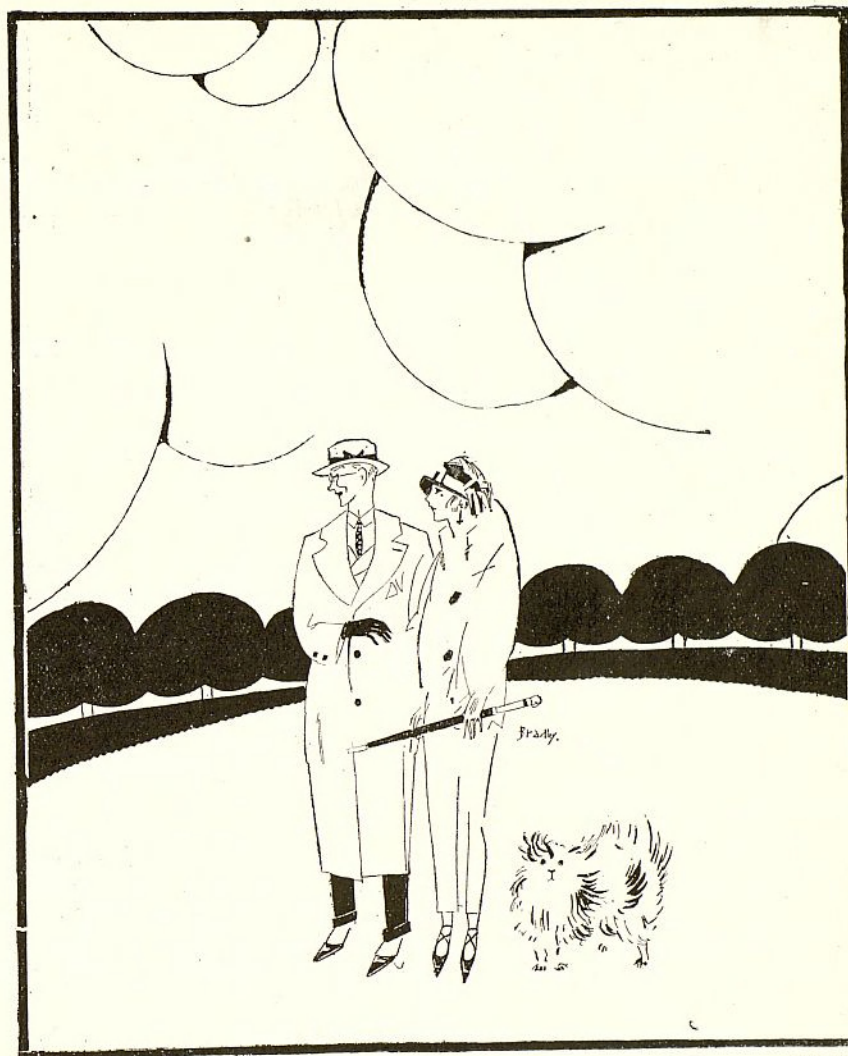
ALFREDO. — ¿Sería usted capaz de callar? ¡Qué criatura tan excepcional!

EVANGELINA. — No dirá usted que no soy franca. Luego, tendríamos dos o tres niños. ¿A usted le gustan los niños?

ALFREDO. — Mucho, porque nunca me piden dinero.

EVANGELINA. — Y nuestros hijos serían felices...

ALFREDO. — ¡Qué penal! Entonces es que nos saldrían tontos.



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— ¡Cómo te mira aquél! ¿Es algún deudo tuyo?  
— Un deudo, no. Una deuda...

EVANGELINA. — Pero no nos importaría que lo fuesen, ¿verdad?

ALFREDO. — No. No nos importaría.

EVANGELINA. — Usted y yo permaneceríamos muchos ratos mirándonos, sin decirnos nada...

ALFREDO. — ¡Maravillosos!

EVANGELINA. — Y después nos confesaríamos que estábamos de acuerdo.

ALFREDO. — ¡Magnífico!

EVANGELINA. — Yo no le interrumpiría en su trabajo para decirle que acababa de tener un disgusto con la cocinera.

ALFREDO. — ¡Sublimel!

EVANGELINA. — Y cuando usted volviese a casa con las solapas del traje impregnadas de perfume, no le preguntaría nada.

ALFREDO. — ¡Divino!

EVANGELINA. — Jamás le llevaría la contraria...

ALFREDO. — ¡Oh!

EVANGELINA. — Y nunca me presentaría en su despacho cuando sus amigos estuviesen con usted...

ALFREDO. — ¡Ah! (*Se lleva una mano a la cabeza.*)

EVANGELINA. — ¿Qué le sucede, amigo mío?

ALFREDO. — Me noto enfermo.

EVANGELINA. — ¿Enfermo?

ALFREDO. — Sí... Siento algo así como grandes desórdenes cerebrales; comienzo a creer en el amor...

EVANGELINA (*resplandeciente de júbilo por su triunfo*). — ¡Alfredol...

En el momento en que se van a besar, cae el

TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



## COMENTARIOS A LA ACTUALIDAD PALPITADORA

En un elegantísimo semanario madrileño, que no tiene más remedio que ser colega de BUEN HUMOR (y que BUEN HUMOR también es colega de él, y con mucho gusto), he visto una sensacional fotografía que representa al insigne chiflado Don Luigi Pirandello en animada conversación con un asno.

La escena tiene lugar en pleno campo. El borrico está sentado en el suelo, y Pirandello en pie, delante de él, lo que parece dar a entender que el buen Luigi, fino hasta la exageración, ha invitado al burro con un ¡*siéntese usted!* versallesco, mientras él, por respeto, ha permanecido levantado, como si esperase órdenes.

La fotografía, en la explicación que

tiene al pie, nos enteramos de que a Pirandello le gusta hablar con los animales (sin duda porque no le llevan la contraria), y es conmovedora en su conjunto y en sus detalles...; pero un servidor de ustedes ha sacado una consecuencia un poco vulgar de todo esto, y la va a someter a la consideración de sus lectores.

Y es la que sigue:

¡Si cada vez que yo, en esta vida, he hablado con un burro me hubiesen fotografiado, tendría una galería de retratos que no cabría en el Museo del Prado!

Ahora mismo estoy con uno, y por cierto de gran alzada, que está sentado en mi despacho, esperando a que yo

concluya este despreciable artículo para darme un rato de conversación...

\*\*\*

Ustedes se habrán enterado (¡y cómo no!) de que el jefe de los republicanos griegos es un señor que se llama Papanastasion.

Yo no le conozco, y ya le quiero la mar por las cosas que de él han dicho los periódicos sesudos. Se ve que es una persona honradísima, bien vestida, religiosa (aunque cismática) y que no se ha quedado con dinero de nadie. ¡Un hombre, en fin, como para que uno tenga una hija y se vuelva loco porque la dirija un chico, pida después su mano y cargue al final con ella!...

Pero ¡ah!... La averiguación de que Papanastasion es el *leader* de los republicanos de Atenas y provincias inmediatas, nos ha hecho establecer un paralelo doloroso entre Grecia y España.

¡Paralelo que nos obliga a decir que en Grecia es Papanastasion el jefe; pero que en España son los republicanos los *papanastasion*!

— ¡Y si no, que lo diga Lerroux!...

\*\*\*

La compañía que actúa en Novedades está poniendo en escena, con un ahinco y con una de gritos y crímenes feroces (¡que denunciarnos al Directorio!), varios episodios del famoso *Rocambole*, del no menos famoso y malhumorado escritor Ponson du Terrail.

La obra (¡naturalmente!) dicen los carteles que está arreglada del francés por un culto literato español, cuyo nombre no hace al caso, o de cuyo nombre no hacemos caso, ¡como les parezca a ustedes mejor!...

Ahora bien: hemos observado que en los programas se anuncia el nombre de *Ponsson*, así, con dos eses, lo cual nos ha llevado inevitablemente a una de las dos conclusiones que vamos a estampar en el nítido papel:

O que el arreglador había bebido demasiado *champagne* al hacer el arreglo (cosa un poco ilógica, porque el *champagne* es caro), y no había reparado en que hacía más eses de las debidas...

¡O que lo de *Ponsson* lo había hecho con plena conciencia y fundándose en que, como él era el *arreglador*, había arreglado también el apellido del autor, para que quedase mejor que estaba!

¡Esto último es lo que nos parece más verosímil, y lo que seguramente habrá ocurrido!

Invitamos a ese esclarecido dramaturgo a que nos ponga unas tapas y unas medias suelas a nuestro nombre, a ver si queda más bonito, favor por el cual le quedaremos eternamente agradecidos...

NÉSTOR O. LOPE



Dib. MEL. — Madrid.

- El espíritu de su señora está presente; pero no contesta...
- ¿No contesta?... Entonces se han equivocado..., no es mi mujer...



# CARTAS DE GUAYABA

("BUEN HUMOR" EN EL BRASIL)

## II

Querido Sileno: Yo ya sabía, porque me lo dijeron en la escuela, que el Brasil era muy grande; pero, ¡caramba!, no imaginé nunca que tuviera estas proporciones.

Esta terrible extensión es causa de una de las mayores paradojas. Habiendo tantísimo terreno por todas partes, uno tiene que circunscribirse a un rinconcito, rinconcito en comparación con la totalidad del territorio de la República.

Si en España usted desea ir de Madrid a Barcelona, o a Sevilla, usted toma tranquilamente su tren, y sin más contratiempo, usted se apea en el paseo de Gracia o en la plaza de Armas, después de haber cruzado en una u otra dirección el territorio nacional. ¿No es cierto?

Pues bien: aquí ocurre todo lo contrario. Habiendo más terreno que en España, usted no puede cruzar el país en la dirección que le plazca.

Usted, si desea volver a su patria íntegro y sin hueso ni tajada de menos, debe limitarse a moverse en un extremo del país.

Un día, usted siente deseo de dar un vistazo al gran Amazonas.

— ¿Está usted loco? — le dirán al punto —. De aquí a las regiones del Amazonas hay más días de navegación que a Vigo.

— ¡Rediez!... ¿Y no podría ir por tierra?

— ¡Por tierra! No llegaría usted jamás. Hay que atravesar varios Estados, el menor de los cuales es como Alemania y Andorra juntas. Los caminos terminan en tal punto, y de allí hay que internarse en las selvas, llenas de tigres, víboras, arañas como tortugas, cocodrilos, mosquitos de siete cabezas. Tendrá usted que atravesar terrenos inundados de selvas tropicales, extensos como Bélgica o Suecia. El calor espantoso, la humedad, los vampiros, las fiebres, el vómito...

— ¡Basta, basta! Desisto del viaje. Así como así, yo no tenía un gran interés. Creí que se trataba de algo tan sencillo como ir al monasterio de Piedra.

Desde ese momento, usted queda convencido de que no

tiene nada que hacer en el Amazonas, y las regiones bañadas por dicho río pasan en su cerebro a la categoría de cosas fabulosamente remotas e impalpables, como el Infierno o el Purgatorio.

Otro día oye usted hablar de que en tal río, el río W, por ejemplo, hay diamantes.

Usted abre cada ojo como un duro, y le entra un deseo loco de dar un paseo hasta allí, bañarse en tan ricas aguas y, de paso, llevarse un colador de café, a ver si cae algo.

Usted expone su humilde deseo, y en el acto ve usted que le miran como a un bicho muy raro.

Para ir al río W hay que ir dos días en ferrocarril hasta X. De allí a Z, cuatro días por carretera. En Z termina todo rastro de civilización. Luego hay que remontar el río H durante nueve días. Bajar por el afluente V once días, hasta la confluencia con el W, y remontar el W hasta el punto M en doce días, sobre una balsa.

Y todo esto, porque no se puede ir

por vía fluvial, en medio de las selvas inacabables.

Una vez llegado, en el afortunadísimo caso de que se llegue, hay que dormir y vivir sobre una casa lacustre, pues la tierra está poblada de fieras y bichos venenosos, y el agua infestada de caimanes.

Debe uno proveerse con abundancia de toda suerte de contravenenos, yodo, quinina, rifles, revólveres, cuchillos, etc., y no está de más que se despida uno tiernamente de los amigos y haga un ligero testamento.

Cuarenta espantosos días de viaje. Un equipo como para tomar Verdún, y, como final de la partida, el fallecimiento rápido y peliclesco entre los dientes de un caimán, el gancho de una cobra o las trompas de una legión de mosquitos.

Total, que es mucho más sencillo el conocido y acreditado salto mortal desde el Viaducto.

Ahora me explico por qué valen tanto esos pedruscos. ¡Y yo, que creía poderlos coger en las calles de Río de Janeiro!

Pues no digamos nada cuando os invitan a presenciar una cacería de sencillas perdices (ya sé que es mucho más sencilla la codorniz, pero en el Brasil no las hay).

Al principio creéis que se trata solamente de ir a algún pueblo próximo en cómodo ferrocarril. ¡Sí, sí!

En ferrocarril vais, efectivamente, pero son las primeras etapas. Después os espera el *matto* (1) con todos sus encantos.

— Ya verá usted — os dicen — qué cosa más interesante. Hay unas serpientes, que los indios llaman *Sucuri*, que suelen medir de diez y ocho a veintidós metros de largo. Esperan escondidas en el fango, a la orilla de los ríos, el paso de los grandes ciervos y bueyes salvajes. Como almuerzo, se engullen entero uno de estos cuadrúpedos, y luego se quedan aletargadas haciendo una digestión que dura semanas. Algunas han sido encontradas muertas, pues después de haberse tragado un toro, se han ahogado al atravesarse los cuernos en la boca.

Todo esto lo oís con el pánico consiguiente; y como no

(1) Espesura. Selva virgen.





experimentáis ningún gran interés en convertirlos de cazador en víctima y hacer el tristísimo papel de *ors d'ouvre* en un banquete de tal categoría, declináis amablemente la invitación, con la sonrisa en los labios y el vello de punta, que os sale por entre el tejido de los calcetines.

Después de tales descripciones, anda uno ya tan escamado, que mira con prevención hasta la cuerda de atar el baúl.

Yo, cuando se me ocurre dar un paseo, echo a andar por una calle que esté bien asfaltada. En cuanto termina el asfalto y ya diviso tres matas juntas, vuelvo pies atrás. Una noche, en un cine, estando medio dormido en un extremo de la fila de butacas, tranquilamente recostado sobre la pared, una sombra negra pasó rápidamente junto a mí. Sería, sin duda, una inofensiva cucaracha; pero el salto no lo pude evitar.

Un resorte invisible me lanzó sobre el peinado dieciochesco de una señora vieja, que quedó aterrada, creyendo, sin

duda, que el palco número siete se le venía encima.

Hubo chillidos; ahogados insultos en la sombra, y en portugués; crujidos de butacas; intentos de arreglar el peinado en la oscuridad; rebusca de horquillas y añadidos, y al terminar, yo buscaba azorado mi sombrero, y ella salió echando chispas y con el peluquín de medio lado.

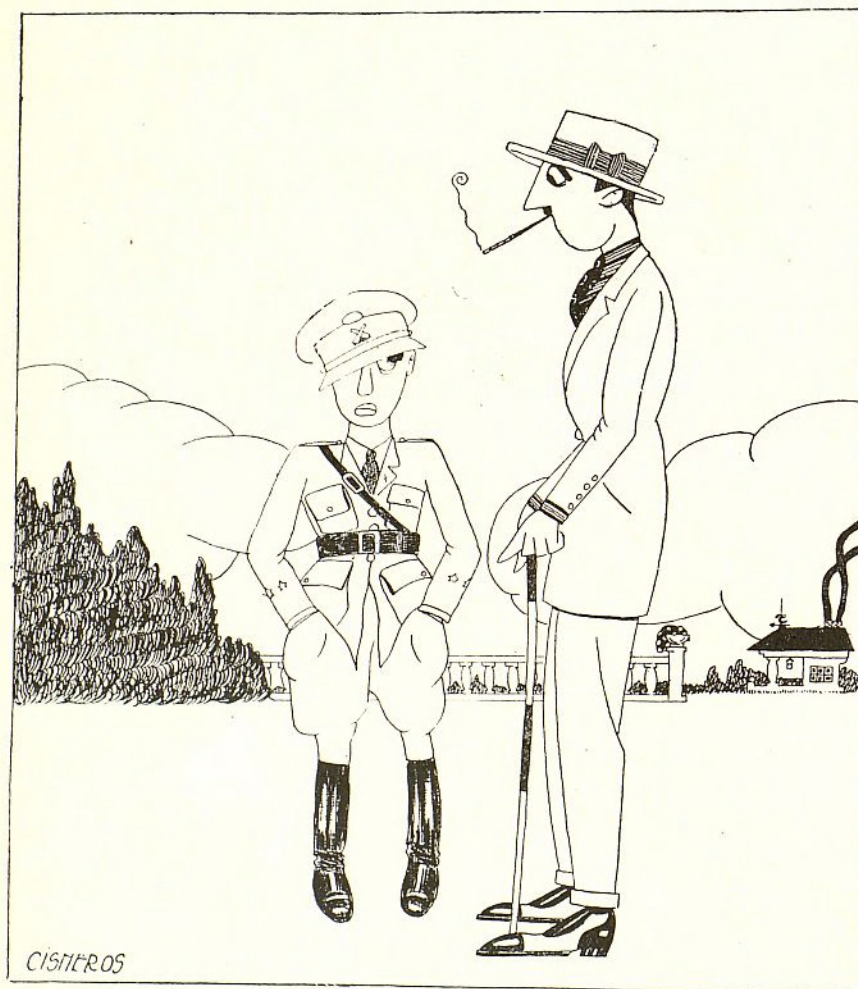
En resumidas cuentas: que ni ofreciéndome un puesto en el Directorio militar salgo yo más allá de la quinta estación de ferrocarril. Desisto muy seriamente de buscar diamantes, ni cazar perdices, ni siquiera pescar inocentes cangrejos.

Ahora que, ¡eso sí!, mirando el mapa, me doy cada paseo por el Brasil, inmenso y virgen, que me pongo como nuevo.

Hasta la próxima le abraza,

FRANCISCO LÓPEZ RUBIO.

Río de Janeiro, noviembre de 1923.



Dib. CISNEROS. — Madrid.

— Los más terribles explosivos terminan en ita: dinamita..., melinita...  
— ¡Es verdad!... ¡Por eso mi suegra se llama Margarita!...

## PIZCAS Y MIAJAS

### Donde las dan...

Desde Berlín, cierto amigo me escribe que en Kaiserlantern comprometiéndose un barbero (compelido por el hambre) a hacer la barba, en el circo, a un domador trashumante dentro de su férrea jaula de leones formidables.

No sé cuál fué más valiente, si el que hizo que le afeitasen con los nervios alterados, por temor a una catástrofe, o el barbero entre las fieras. Ello fué que la más grande de todas, al rapabarbas despedazó entre sus fauces, mientras para sí rugía:

— Que un animal despedace sin compasión a un barbero, no es cosa nueva, ¡qué diantrel!; mas váyase por las veces que los barberos amables, sin intención, despedazan a más de cuatro animales.

### ¡Pistonuda errata!

Anoche, en un periódico afamado, un suelto necrológico he leído, que está, indudablemente, equivocado, pues dice: «En Cabezuelos del Condado, ayer doña Inés Ruiz ha fallecido. Su viudo, el señor conde del Balido, reciba nuestro pésame sentado...» (en vez de «nuestro pésame sentido!»)

### Higiene municipal.

Los autos de esta ciudad sufren por la autoridad restricciones de dos clases: una es la velocidad, y otra, el escape de gases. Pero esos bandos *chipén* para carruajes tan vivos, ¡aun estarían más bien haciéndolos extensivos a las personas también!

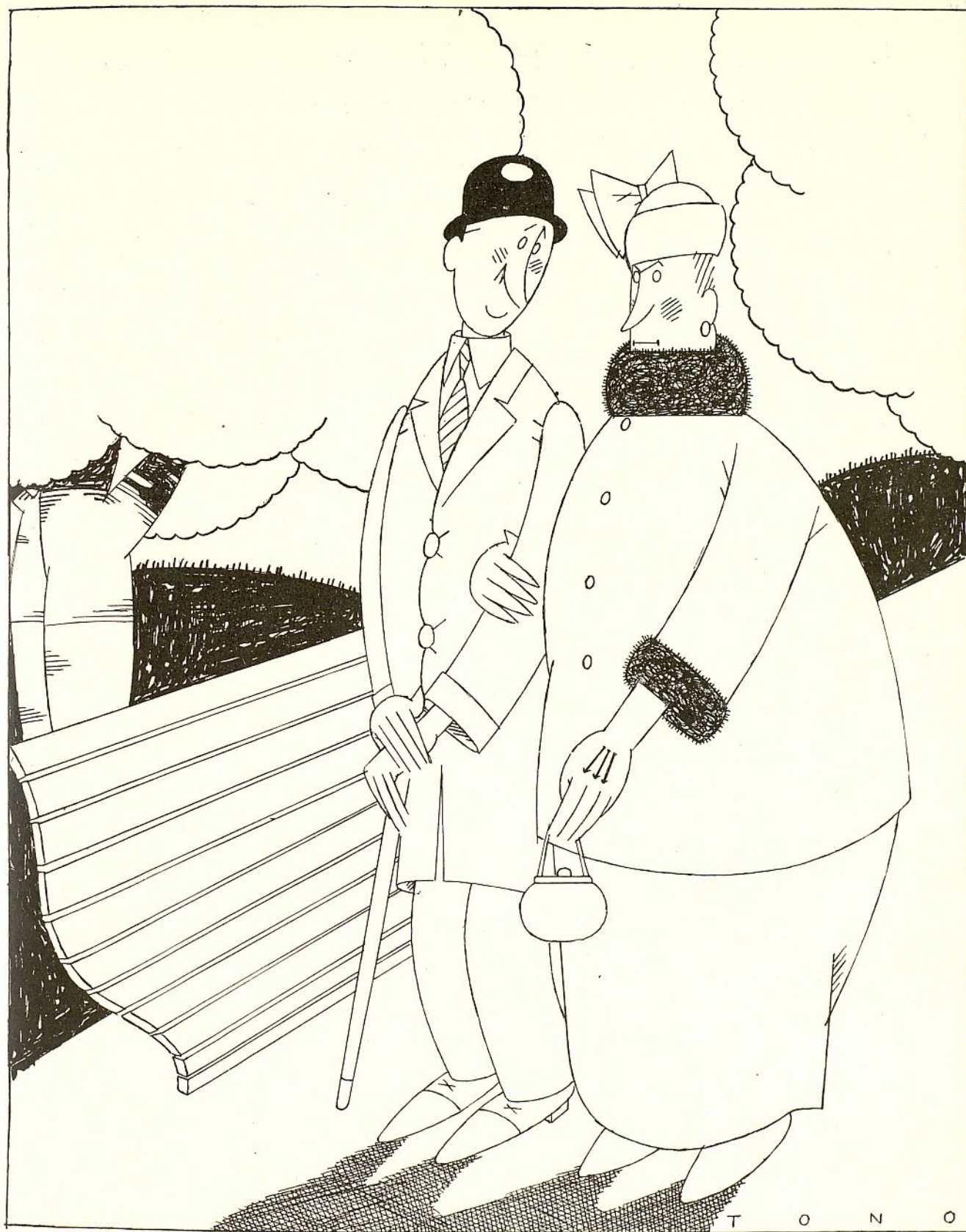
### ¡Qué bárbaro!

Ayer me encontré un *entierro*. Llevaban solemnemente a un señorón (que en la Gloria muchos años nos espere), y le oí decir, en serio, a un académico célebre:

— ¡Estas son pompas mundianas que me han *repuñado* siempre! ¡Yo haré que en el *cimenterio* que hay en mi aldea, me entierren bajo un *tumulto* de piedra y entre un bosque de *arciprestes*!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA





Dib. TONO. — Madrid.

— Aquí veníamos cuando fuimos novios, ¿te acuerdas?  
 — Sí. Yo estaba sentada en un banco..., y te dejé sentarte junto a mí, ¿te acuerdas?  
 — ¿Cómo voy a olvidarme de aquella acción del banco?...

Ayuntamiento de Madrid



# DEL BUEN HUMOR AJENO

DURANTE LA FUNCIÓN, por Henri Falk

Antes de marchar a la oficina, el señor Vantaz, industrial acaudalado, abrazó a su mujercita, medio despierta, diciéndola:

— Sigue descansando, Elena. ¿Te divertiste anoche viendo *Carmen*?

— Mucho, querido; debiste venir también.

— Tenía que hacer, ya lo sabes. ¿Te buscaron los Maulubec en nuestro palco?

— No; no los vi.

— ¿Pasaste sola la noche?

— Sí; pero José me aguardaba a la salida. No había peligro.

— Está bien. Hasta luego, querida.

Delante de la puerta, José, el *chauffeur*, esperaba rígido, con la mano en el volante. Al deslizarse maquinalmente su diestra entre el asiento y la madera, sintió el roce de un papel, que sacó. Era una carta. Leyó:

«Hoy viernes, calle de Vineuse, 57 duplicado.

«Gatita mía: Puesto que tu marido no te retiene esta noche, ven a casa sin falta, a eso de las nueve. ¡Tengo que decirte tantas cosas!... Ya estoy impaciente. Tu gatito, sólo tuyo, — Gustavo de Soprane.»

A Vantaz le saltaban los ojos. La víspera, su mujer había salido sola, y sus amigos, como obedeciendo a una consigna, no se unieron a ella en el teatro. El sudor le mojaba las sienes. Estaba claro como el día que Elena dejó en el coche la carta reveladora... Vantaz miró al *chauffeur*, vuelto de espaldas. ¿Qué sabría aquel hombre? Acaso nada. Tal vez todo.

Al apearse en la oficina, se limitó a preguntar, aparentando indiferencia:

— Dime, José. ¿Llevaste a casa a la señorita después del teatro?... ¿Ningún accidente en el camino?...

— Nada, señor.

— Anoche hacía buen tiempo. ¿No dió la señora una vuelta en el auto durante la función?

— No, señor. La señora no se movió del teatro. Me había prevenido que no saldría hasta que terminara.

Vantaz no se atrevió a preguntar más, y entró en la oficina para ordenar sus ideas. José, al responder, parecía molesto. ¿Le habría mentido? ¿O bien, la pérfida Elena, para borrar toda sospecha, tomaría un *taxi* al ir a la cita durante la función coartada? ¿Cómo averiguarlo? «¡Ah — se dijo —, ya tengo un medio!»

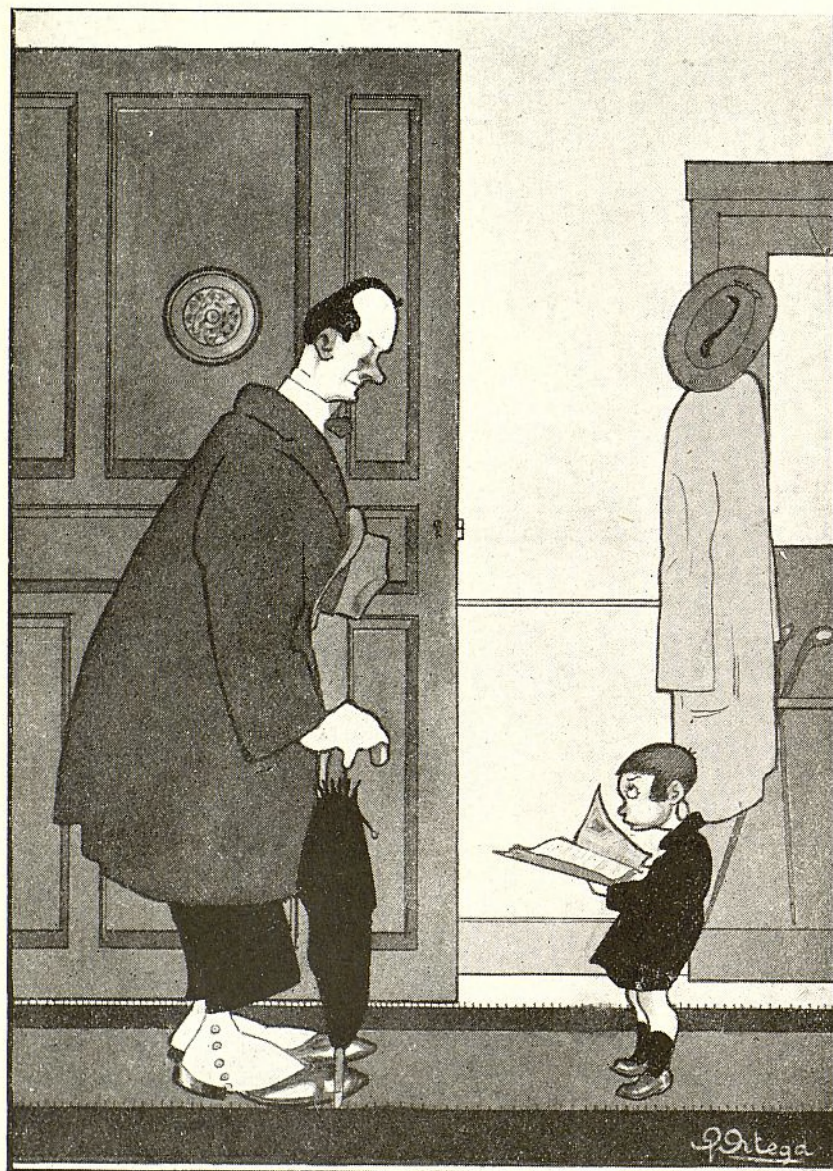
Salió de la oficina; dijo al *chauffeur* que le esperase. Anduvo hasta volver la calle, alquiló un coche y se hizo conducir al 57 duplicado de la calle de Vineuse. Un breve interrogatorio en las proximidades le confirmó que, efectivamente, hacia las nueve de la noche anterior, una elegante *limousine* — le describieron la suya — había conducido a una hermosa dama, que entró en la casa con apresuramiento.

— La prueba es evidente — gruñó Vantaz ebrio de cólera.

De vuelta a la oficina, se contuvo para no saltar al cuello de José, y, asae-teándole con la mirada, ordenó:

— ¡A casa!

La señora acababa de levantarse. Se pulimentaba las uñas, envuelta en un peinador rosa, cuando vió entrar a su marido con la frente baja y las venas a punto de estallar.



Dib. ORTEGA. — Madrid.

— Anda, precioso, di a tu papá que estoy aquí.  
— No puedo. ¿No ve usted que estoy estudiando?  
— ¿Y para qué estudias, monin?  
— Para que no me pegue papá...



— ¿Ya de vuelta? — preguntó.  
 — Sí.  
 — ¿Qué es lo que tienes?  
 — ¿Que qué es lo que me pasa? «Gustavo de Soprane, calle de Vineuse, 57 duplicado.»  
 — ¿Estás enfermo? ¿Son ésas las señas del médico?  
 — ¿Enfermo?... ¿Del méd...? ¡Ah! ¡Eres dura, bien dura! ¡Pero voy a confundirte, miserable!  
 — ¿Adónde vas?  
 — ¡A casa de tu amantel! ¡En seguida arreglaremos nuestras cuentas!  
 Y salió, dando un portazo.  
 — ¡Usted, a la calle de Vineuse, 57 duplicado!  
 — ¿Cómo dijo el señor? — murmuró José con la vista descajada.  
 — He dicho «A la calle de Vineuse, 57 duplicado», pollo. ¡Conque, al buen entendedor...!  
 José enrojeció, y Vantaz, desde el interior del coche, notó que sus orejas pasaban del rojo al violeta.  
 — ¡Malvado! Era el cómplice de Elena. Bien pagado, no hay duda. ¡Ah, qué escobazo le voy a dar!...  
 — ¿Don Gustavo de Soprane?

— En el segundo derecha.  
 Llamó, e hizo pasar su tarjeta. Un elegante joven, en pijama azul celeste, se presentó muy amable.  
 — Encantado, caballero. ¿Podría saber...?  
 — Soy el marido, ¿lo oye? ¡Lo sé todo!  
 — ¿El marido de quién, señor?  
 — ¡De su querida, de Elena!  
 — No la conozco, caballero. No tengo por qué darle cuentas; pero, como me parece que está usted muy excitado, le diré, para su tranquilidad, que mi querida, ¡la mial, se llama Matilde.  
 — ¡Ah, ah!... ¡Aquí se llama Matilde!... ¿Y asegura que no conoce usted a mi mujer?  
 — Nada seguro. ¿Lleva usted, por casualidad, un retrato de ella?  
 — No, señor. Sólo tengo su misiva infame, encontrada en mi coche.  
 — Muy interesante... Con su permiso. Toco el timbre. Instantes después entró una joven vistosa, que, sin cuidarse de Vantaz, abrazó a Gustavo, diciéndole alegremente:  
 — ¡Figúrate, gatito, qué cosa más célebre! Acabo de ver parado ante la

puerta al *chauffeur* de la *limousine* que tomé anoche frente al teatro, y que me trajo hasta aquí.

— ¡Toma! A propósito, ¿conservas mi carta?

La joven registró su bolso, y se inmutó.

— No. La volví a leer anoche en el auto. Debí olvidarla al bajar. ¡Dios mío!

Pero Vantaz, transfigurado, gritaba:  
 — ¡Aquí está, señora! La encontré en mi coche, y he venido a devolvérsela...

— Muy cortésmente, por cierto — concluyó Gustavo de Soprane.

Mientras bajaba la escalera, Vantaz se decía:

— ¡Elena, mi mujercita adorada. ¿Qué hacer para que me perdonase?

Ya en la calle, dió al *chauffeur* la dirección de un joyero, añadiendo:

— ¡Conque te dedicabas al merodeo? ¡Que no te vuelva a coger en otra!

No dijo más, demasiado dichoso para ser severo, y montó en el auto, en tanto que José, intrigado, pensaba para su capote:

— ¿Si será brujo mi señor?... ¿Cómo habrá podido adivinar?...

M. V.



**¡MUJER!**

BELLEZA. PLACERES.  
ILUSIÓN...

**SELLO YER**

SALUD. ALEGRIA,  
BIENESTAR...

Suprime usted los dolores nerviosos  
y sera usted dichosa



## CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

**BUEN HUMOR**

APARTADO 12.142

**MADRID**

*La simpática lectora.* — Nuestro colaborador, para quien tiene usted tan amables frases en su carta anónima, le da las gracias más expresivas, y dice que está deseando conocerla. No le haga usted caso: anda muy mal de la cabeza, el pobre. Los demás compañeros, también agradecidísimos. ¿No se puede saber quién es usted?

*T. Tiras. Madrid.* — Conque T. Tiras... ¡Te tiras a matar! ¡Qué exagerado!

*La perra gorda.* — Agradecidísimo el personal administrativo por el vagón de mazapán que han enviado ustedes. La señorita mecanógrafa se ha desmayado de emoción.

*J. B. F. Madrid.* — ¡Anda, el socio, por dónde sale! Escuchen ustedes con sosiego:

«La noche estrellada era de canícula vespéral y en ella mi único mal era ver a mi amada, a mi amada rubia como el sol, como el sol español, como el sol...»

Bueno: eso cuénteselo usted a Urgoiti.

*R. T. Madrid.* — Pues nada, amigo: cuénteselo usted a un guardia, si el guardia se lo permite y no le atiza en la calabaza.

*H. Z. Málaga.* — Es usted de una absurdidad que aterra.

*Cachimbo. Madrid.* — Usted no pasa de hiperbólico.

*Piamonte. Sevilla.* — Tiene usted razón; con el sufrimiento se aguja la inteligencia. Usted ha debido sufrir muy poco, ¿no es cierto?



Dib. CILLA. — Madrid.

— Pero ¿qué te ha pasao con Gorgonio?  
— Na, hombre; se achantó.  
— ¿Y eso que tienes en el ojo?  
— Bueno; eso me lo hizo antes de achantarse...

## LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

## CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

*C. de R. Madrid.* — Le decimos lo que a Piamonte, pero ligeramente aumentado. De nada.

*P. L. S. Barcelona.* — Conque sí, ¿eh? ¡Vaya, vaya!

*Chiqui. Madrid.* — No, señor; no nos ofendemos por eso.

*Canalejas. Barcelona.* — ¿Azorin, redactor de BUEN HUMOR? Pero ¡qué idea tiene este hombre de las cosas! No se ofenda; pero es usted de lo más idiota que se asoma por esta casa.

Sintiéndolo en el alma, nos vemos precisados a rechazar, por malos, los dibujos siguientes:

Cinco, de Escolano; cuatro, de Fonso; tres, de Castañeda y Rodés; dos, de Eza, M. G. Blanco, V. González, Lucas y Millán; uno, de K. B. S., Miteldorf, Sole, E. G. S. CH., Parrilla, Tejero, Olguera, Muñoz, Caracacá, Martínez, G. G. V., Juan Luis, A. P. S., Chele-Arizpe, Heras, Udo-bro, Joseph, Godínez y Leras.

Y hemos rechazado también, aunque de dibujo estaban mejores que los anteriores:

Tres, de Rubio, y uno, de Zabala, Menor, Domingo y B. G.

En cambio, hemos acogido amorosamente, y publicaremos, dos, de González y Blasco; uno, de Xanin, y otro, de Kaolin.

*Pirulo. Madrid.* — Esto de que venga usted todas las tardes a traernos chistes, es una insistencia que nos tiene aterrados. Modérese un poco, y aplíquese en sus lecciones de francés, que le será de mucho más provecho.

*El que nos mande hacer versos, nos molesta y nos cohibe; mas los hacemos con gusto si son de Jarabe Drive.*

*Alejo M. Rodríguez. Burgos.* — ¡Venga alegría, señores, venga alegría!

## «EL BERDADERO AMOR

«Era una noche muy oscura, en que los lobos ahullaban planideros y tristes. Román había salido a belar el cadáver de su novia, Rosa María, blanca y pura como una azucena, que había muerto aquella mañana de una fiebre malizna...»

Seguiríamos la conmovedora narración; pero no queremos que nuestros lectores se emocionen demasiado. El Sr. M. Rodríguez va por el camino de hallar un nuevo humorismo: el humorismo sin querer y a pesar suyo.

*Un Ultra-Marino.* — Siguen los versos. ¡Hay días aciagos! Publicamos los suyos y no le cobramos los anun-

## PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO



**AMADOR**  
— FOTÓGRAFO —  
**PUERTA DEL SOL, 13**

cios. ¡Para que vea usted si somos generosos!

**«LA FILOSOFÍA DE UNA CAJA DE CERILLAS**

«(Poema ultraísta con notas explicativas.)

«Para D. G., con todo el ultraísmo de mi corazón.

«Tubitos cerulentos... (1).  
Tubitos cerulentos...  
Tubitos cerulentos...  
¡Cuarenta! (2).  
¡Benditas luces futuras (3);  
os reverenciol!  
¡Salud! (4).  
¡Quién fuera como tú,  
pequeño ataúd de luz! (5).  
¡Quién como vuestras dos banderas  
que son interrogaciones [rojas,  
estupefantes y destumecientes  
que rinden pleitesía  
a los feudales castellacientes  
y destilografistas inhumanos? (6).  
¡Cabezas sobradas de fosfatos!  
El hombre llora que muráis,  
cuando aun quedan  
humeros que destruir (7).  
¡Terrible filosofía la tuya! (8).  
¡Sofisma!  
¡Enigma!  
¡Todo se encierra en tu seno!  
¡Yo te reverencio, caja de cerillas!  
¡Oh, si mi ultraísmo dejara,  
en tu vida, un sello que te inmortalizara!  
¡Oh, qué dolor! Oh, el sello Ultra! (9).  
Porque tú, oh, caja de cerillas,  
eres magnánima con todos...  
Te vendes barata porque nos amas  
y quieres entregarte a todos por igual.  
¡Caja de cerillas!  
¡Diez céntimos!  
¡Cuarenta tubitos!  
¡Eureka! (10).  
¡Pildoras del doctor Cortés! (11).

«Aquí termina el poema trágico de la caja de cerillas.

«¡Palabra de honor que esto es un poema! (12).

«Lo escribí,

«UN ULTRA-MARINO.

**«NOTAS**

«(1) Cerillas..., ¡y lo demás son tonterías!

«(2) Número de cerillas de la caja.

«(3) Las luces futuras son las cerillas antes de encendidas.

«(4) Esto quiere decir que los fosforitos son buenos.

«(5) Los tubitos cerulentos — hablando en ultraísta — dentro de la caja, dan la sensación de luz muerta. ¡¡Metáforas!!!

«(6) Las banderas rojas son las rascaderas, y aquello de «que son

interrogaciones estupefantes y destumecientes que rinden pleitesía a los feudales castellacientes y destilografistas inhumanos», son unos camelos que antes se le funde a uno el cerebro, cerebelo, etc..., que descifrarlos... Pero he aquí la explicación: lo hemos puesto para que resulte un rompecabezas, o sea, las rascaderas.

«(7) Esto es una tontería que quiere decir que sentimos que se nos

concluyan las cerillas si aun nos quedan humeros-cigarros ultraístas.

«(8) «Terrible filosofía la tuya», «sofisma» y «enigma», son tres majaderías para despistar.

«(9) Anuncios que traen las cajas de tubitos.

«(10) Otro anuncio.

«(11) Otro anuncio.

«(12) Esto fué puesto porque creemos que, ni aun dando la palabra de honor, se puede creer...»

**UNA NOVELA INTERESANTE**



*Lo que no puedo*



*soportar*



*a ningún precio*



*son esas*



*idiotas*



*novelas,*



*machaconas,*



*mal escritas*



*y sucias,*



*que no se pueden*



*dejar*



*de leer*



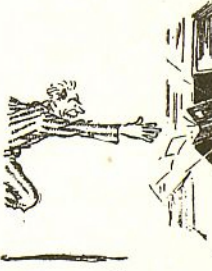
*hasta que*



*no hemos*

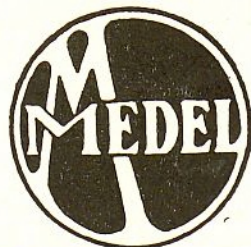


*acabado*



*con ellas.*

(Del Punch, de Londres.)



**GRAN VÍA, 18**  
**JUGUETES**  
**COCHES DE NIÑO**



# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

La mamá, que va a dar a luz su tercer hijo, dice a su primogénito:

— ¿Qué prefieres, una hermanita u otro hermanito?

— Mira, mamá: como ya tengo un hermanito, y las niñas no me gustan, si te es igual..., preferiría un caballo.

En la escuela.

EL MAESTRO. — Hoy se escribe con *hache*.

EL DISCÍPULO. — ¿Y ayer?

EL MAESTRO. — Sin ella.

EL DISCÍPULO. — Pues no sé por qué esa diferencia de un día a otro.

M. Conde. — Madrid.

En una tertulia háblase del fin del mundo. Uno de los concurrentes explicaba cómo todos habíamos de morir aquellos días.

Calinez, preocupado, exclama:

— ¡Qué trabajo tendrán los enteradores!

Don Pío. — Pamplona.

EL CONDUCTOR. — Este billete es de tercera.

EL VIAJERO. — Ya lo sabía.

EL CONDUCTOR. — ¿Y cómo viene en primera?

EL VIAJERO. — Perfectamente.

A. Cortina. — Las Armas.

— ¿En qué se parece un caballo a un cuarto de un hotel?

— En que el caballo usa rienda, y el cuarto *u sarrienda*, *u se alquila*.

E. Grenouillon.

Entre niños.

— ¿Qué tal tus erupciones, Elenita?

— ¡...!

— ¿Cómo leí hace tiempo: «Las erupciones de el-Etna!...»

F. Calle. — San Ildefonso.

— ¡Pero, hombre! ¿Cómo, teniendo tanto dinero, has comprado un automóvil tan sencillo y de tan mala marca?

— Lo he hecho por precaución, porque siendo bueno, llama la atención, y siendo malo..., *no choca*.

Yo creo que *choca* de todas maneras.

P. Soria. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de un cerrajero madrileño?

— ¡...!

— Servirse del *torno* de la Inclusa para poner los goznes a la Puerta del Sol.

José Cordero. — Larache.

— ¡Qué bien le sienta ese velo! ¡Va usted de *primera*!

— No, voy de *novena*.

Masto. — Madrid.

Revela buen gusto el que a BUEN HUMOR se suscribe; y también el que usa a diario Licor del Polo de Orive.

— Si un ventilador se estropea, ¿cuántas pesetas cuesta el arreglarlo?

— Pues si no funciona, *no...venta*.

Alejandro Salcedo. — Madrid.

— ¿Qué tal el estreno?

— Magnífico. El drama es muy hermoso; pero muy triste. ¡Muere mucha gente al final!

— ¡Me lo he figurado, cuando esta tarde he visto llevar varias coronas al teatro.

J. Echevarría. — Madrid.

Un muchacho visita la tumba de su padre en el cementerio, y le pregunta al enterrador:

— ¿Conocía usted a mi padre?

— No sé decirle, porque le enterramos en Carnaval.

B. López. — Madrid.

En un examen de Fisiología.

EL CATEDRÁTICO. — Señor Leiva, ¿cuáles son los huesos de la mano?

EL SEÑOR LEIVA. — Carpo..., meta-carpo... y... *policarpo*...

Melecio. — Burgos.

— ¿Por qué lloras, Luisito?

— Porque esta noche he soñado que se había quemado el colegio.

— Vamos, hombre, no llores. ¿No ves que no ha sido verdad?

— Pues precisamente por eso lloro

A. Gutiérrez Abad. — Madrid.

— ¿Por qué ha ido el general Primo de Rivera a Italia?

— ¡...!

— Para comprobar si las *romanas* estaban bien de peso.

Agustín Salas.

— ¿Cuál es el tranvía que de un susto se le quita la mitad?

— El del Hipódromo, porque al darle un susto se le quita el *hipo*...

Gallego.

— ¿Cuál es el colmo de un guardia?

— Pedir servicio en la plaza de la Independencia, para estar más próximo al *Retiro*.

Sánchez Jadraque.

Entre dos que flirtean.

— Antes de quedarse soltera, ¿sería usted capaz de casarse con el mayor idiota del mundo, si se lo rogase, simpatiquísima Serapia?

— Timoteo, por Dios! Esa declaración... Así, de pronto, no sé qué decirle.

En un Tribunal.

— ¿La edad de usted, señora?

— Cuento cuarenta años.

— Perfectamente. Ahora dígame los que no cuenta.

M. S. Verdó y F. R. Franco.

Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **El de las Napias Colosales, de Madrid**.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

¿Cuál es la máquina de escribir que está a la cabeza?

LA  
**CORONA**

NUEVO MODELO

600 pesetas al contado.

También venta a plazos.

Agentes  
en toda España.



Gastonorge, C. A. — Sevilla, 16. — MADRID

**BLAS E. BERROTERÁN & Co.**

Agencia general de diarios, revistas y publicaciones.

Aceptamos representaciones de todos los editores de revistas y diarios de Hispanoamérica y España. Deben sernos remitidos ejemplares de muestra y pliego de condiciones.

NUESTRA DIRECCIÓN ES

Apartado 51. — Maracaibo (Venezuela)



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 — )	10,40 —
Año (52 — )	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 — )	12,40 —
Año (52 — )	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

**Angelical Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros *inarchitos* o envejecidos *lozanía* y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocida para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA,

marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

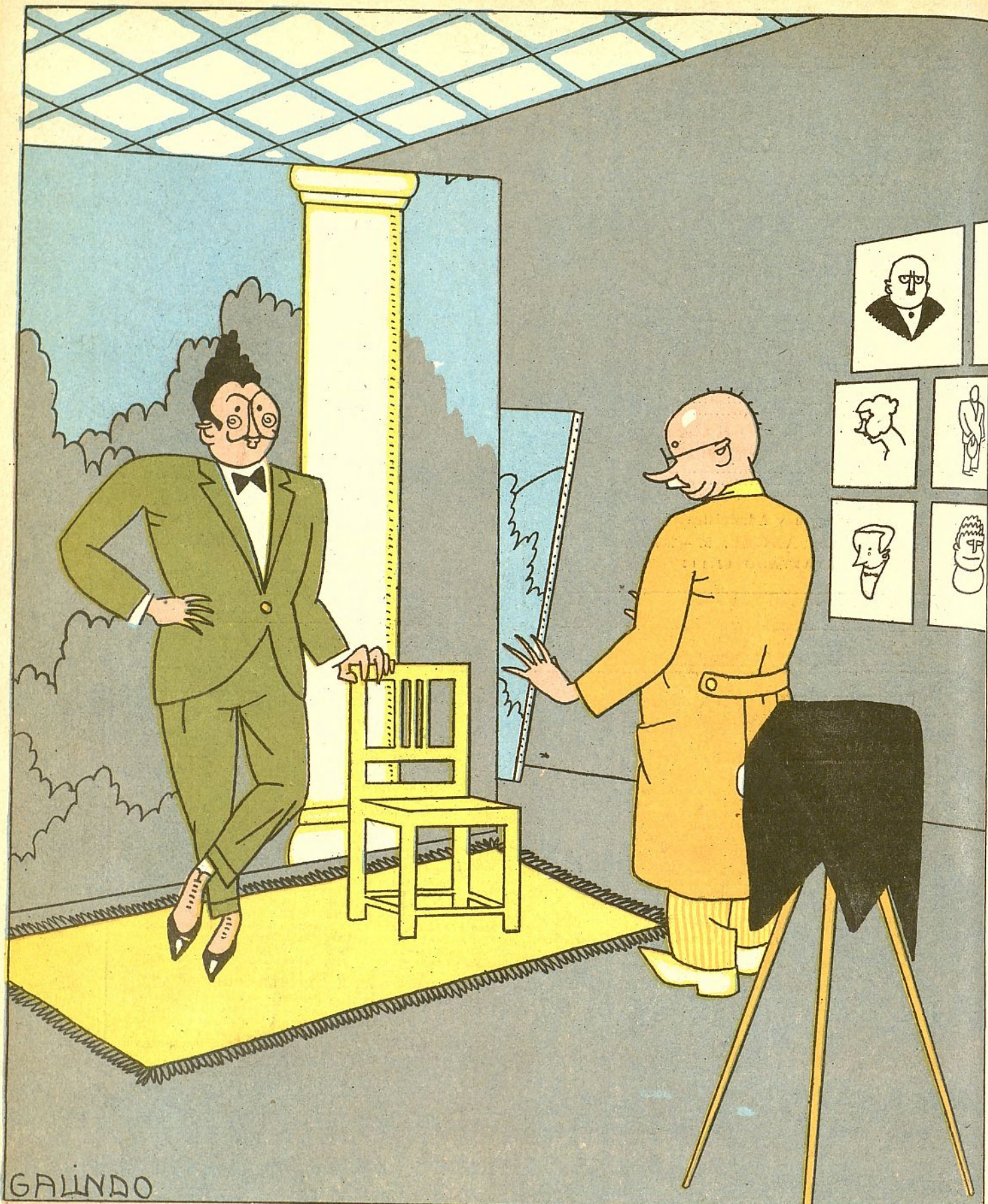
**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS** A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensiva hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

**Polvos Belleza** Calidad superfin y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinoso. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)





—Ya se puede usted retirar. Ya está hecho su retrato.

—No. Si es que quiero que me haga usted media docena.

Dib. GALINDO.—Madrid.